

nava mas de 200 hojas se intitulaba: *Suspiros del coraçon enamorado*.

He leído sus libros no sin pasmo, he advertido los textos, los sentidos, las alusiones, las agudezas, las citas y en todo hallo quanto acierto no puedo ponderar; se confunde mi pluma, se desengaña mi vanidad y solo entiendo que es especial asistencia la que tuvo esta Virgen (1).

CRUZ (SOR MARÍA DE LA).

Fué hija de Francisco Pontilla y doña Francisca de Castro; profesó en el convento de Carmelitas descalzas de Madrid á 18 de Septiembre de 1593; falleció en el año 1635, á los sesenta y seis de su edad.

782.—Coplas que la Madre María de la Cruz hacia, que tienen mas de debocion que de poessia.

Si con dolores Dios se satisface
vengan mas y mas hasta que me acabe.
Parece que Dios quiere lleuarme consigo
acabad, Señor, pues soys buen amigo...

Letra del siglo xvii.—Una hoja en 4.^o
Biblioteca Nacional.—Manuscritos, S. 392, fol. 29.

CRUZAT (SEBASTIANA).

783.—Romance.

Con sus voces de clavel....

Academia que se celebró en dia de Pasqua de Reyes, siendo Presidente Don Melchor Fernandez de Leon, Secretario Don Francisco de Barrio, y Fiscal Don Manuel Garcia de Bustamante. Año MDCLXXIV.

(Folios 42 y 43.)

(1) *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva Observancia, hecha por Santa Teresa de Jesús*, t. V, por el R. P. Fr. Manuel de San Jerónimo. Páginas 600 á 606.

En las páginas 572 á 612 está la biografía de sor María de la Cruz.

CUÉLLAR (D.^a BALTASARA DE).

784.—Tercetos á Nuestra Señora de los Remedios.

785.—Decimas en elogio de Fr. Francisco del Castillo.

Nuestra Señora de los Remedios de la Merced de Madrid. Poema heroico, por Fr. Francisco del Castillo.—Madrid. 1619.

CUEVA Y SILVA (D.^a LEONOR DE LA), LLAMADA TAMBIÉN D.^a LEONOR DE LA RUA Y SILVA.

De esta poetisa, una de las más notables que florecieron en el siglo xvii, sólo dice La Barrera, en su precioso *Catálogo del Teatro antiguo español*, que acaso fuera hija del autor dramático D. Francisco de la Cueva y Silva: sospecha inexacta. Nosotros, aunque pocos, hemos logrado reunir algunos datos biográficos de D.^a Leonor, quien nació en Medina del Campo á principios del siglo xvii (1), y allí residió toda ó la mayor parte de su vida.

Ella misma declara en el título de una composición, que era hermana del capitán D. Antonio de la Cueva y Silva, pues la dirige á éste felicitándole por estar «muy favorecido de su Alteza (el cardenal D. Fernando) cuando partió á Flandes». Según resulta de las pruebas que en el año 1645 se hicieron para recibir D. Antonio el hábito de Santiago, fueron sus padres don Agustín de la Rúa y D.^a Leonor de Silva, hidalgos naturales de Medina; D. Antonio fué paje de guión del infante D. Fernando y capitán y comisario de la caballería en

(1) Ya escribía versos en el año 1621, fecha en que murió su tío D. Francisco de la Cueva, de cuya pérdida se lamentó en un soneto.

Flandes, donde más adelante ascendió á Teniente general; en las citadas pruebas se hace mención de tres hermanos que tuvo, y son: Jerónimo de la Rúa (1), canónigo en Medina del Campo; Juan de la Rúa, teniente de Asistente en Sevilla, y María Jacinta de la Cueva; de otros, entre los que se cuenta D.^a Leonor, no se expresan los nombres. No hay que confundir á este don Antonio con otro de iguales apellidos y sobrino suyo, que alcanzó el hábito de Santiago en el año 1654, hijo de D. Baltasar de la Cueva y Silva Gilimón de la Mota, señor de Redueña, y de D.^a Juana de Peralta y Velasco; nieto por línea paterna del licenciado D. Antonio de la Cueva y Silva, abogado infatigable que trabajaba en comanda con D. Francisco de la Cueva, y fiscal en los Consejos de Indias y Guerra, y de D.^a Fabiana Gilimón de la Mota, ambos naturales de Medina. Doña Leonor fué sobrina de D. Francisco de la Cueva y Silva, personaje estrafalario, poeta, aficionado á la astrología, por lo cual se vió procesado,

y autor de innumerables alegatos jurídicos consagrados á defender desde la Inmaculada Concepción hasta el pleito más insostenible; entre ellos hubo siempre afectuosas relaciones, y aun se dedicaron mutuamente poesías. No consta que D.^a Leonor se casara, ni tampoco el año de su muerte, que debió ser posterior al año 1650.

786.—La firmeza en el ausencia. Comedia. Manuscrito autógrafo que perteneció á la biblioteca de los Duques de Osuna y hoy se guarda en la Nacional; consta de 53 hojas, en 4.^o; signatura Yy. 559. La publicamos íntegra por ser inédita.

El asunto de esta comedia, no desprovisto de algún interés dramático, si bien desde las primeras escenas se ve el desenlace, es el siguiente: Don Juan, caballero napolitano, vive enamorado de Armesinda, á la cual también obsequia Filiberto, Rey de aquella ciudad, quien, deseando librarse de su competidor, lo envía á la guerra contra los franceses. Antes de marcharse, D. Juan ruega á su amigo D. Carlos que procure la fidelidad de Armesinda. Filiberto intenta, aunque en vano, vencer el corazón de ésta, y no pudiendo conseguirlo, se vale de un ardid, decirle que D. Juan estaba ya casado; al saberlo, Armesinda piensa quitarse la vida, y luego, con más calma, resuelve entrar en religión. Desesperado Filiberto al ver tanta constancia, no repara en medios con tal de gozarla: entra en su habitación mientras dormía, y oye cómo aun soñando pensaba en el que creía infiel. En esto se presenta D. Carlos anunciando la llegada de D. Juan, antes de que el Rey se propasara; Armesinda sale después del engaño que la atormentaba y el Rey abandona sus pretensiones, la casa con el hombre que ella adoraba, y elogia la firmeza de tan casta dama.

(1) En el manuscrito que contiene las poesías de doña Leonor hay á la conclusión una nota de Jerónimo de la Rúa, que dice así:

«Tengo obligación de decir dos missas cada semana en la parroquia de S. Facundo de esta villa de Medina de el Campo, las quales tiene de carga la capellanía que allí gozó Geronimo Lopez de Medina y de la Cueba mi Señor y mi Señora Doña Leonor de Silva, mis abuelos. Vale la dicha capellanía ducientos y setenta y ocho reales, en dinero; la mitá de ellos debe pagar Don Agustín de la Rúa mi Señor y la otra mitad Don Balthasar de la Cueba mi primo; mas tiene unas tierras la dicha capellanía en el lugar de Rabe, que las tiene arrendadas Geronimo Sanchez vecino de el dicho lugar, en tres cargas de trigo, y el arrendamiento corre desde el año que viene de treinta y uno. Comencé á decir las missas desde la primera semana que la canté, que fue á 29 de Setiembre, domingo, día de San Miguel este año de 630 (*). Mas e de decir cien missas por las animas del Purgatorio, aplicadas por la intencion de mi prima mi Señora Doña Antonia María y las que boi diciendo las boi rayando aquí.

(*) Enmendado de la misma letra: 633.

LA FIRMEZA EN EL AUSENCIA

COMEDIA COMPUESTA

POR DOÑA LEONOR DE LA CUEVA Y SILVA

Hablan en ella las personas siguientes:

D. JUAN, caballero.
D. CARLOS, su amigo.
TRISTÁN, lacayo de D. Juan.
FILIBERTO, Rey de Nápoles.
LA INFANTA CELIDAURA, su hermana.
ARMESINDA, dama.
LEONOR, su criada.
LEONELO, criado del Rey.
Soldados, caja y bandera.

ACTO PRIMERO

Salen D. CARLOS, caballero, de camino, y D. JUAN, su amigo,
y TRISTÁN, lacayo.

- D. CAR. Pésame de haber venido
Tarde en aquesta ocasión.
- D. JUAN. Y con muy justa razón,
Porque habéis, Carlos, perdido
Una fiesta, la mejor
Que vió Nápoles famosa,
Que gozó esta edad dichosa,
Ni ha inventado el mismo amor.
- D. CAR. Fuí con cartas de Su Alteza,
Por la posta, al de Rosano;
No fué, don Juan, en mi mano
Volver con mayor presteza,
Aunque hartó lo procuré;
Mas los negocios de un Rey
Son primero, á toda ley.
- D. JUAN. Decís bien.
- D. CAR. Pues gustaré
Que me contéis el torneo,
Galas, letras y invenciones
Aunque acortéis de razones.
- D. JUAN. Sólo serviros deseo;
Y así, si mal os lo cuento,
Bien me podréis perdonar.
- D. CAR. De vuestro discreto hablar
Pende el alma.
- D. JUAN. Estadme atento.
A los dichosos años que cumplía,
El Rey ordena justas y torneos,
Donde Nápoles muestra en bizarría
Su belleza, su amor y sus deseos;

Aquí suena la dórica armonía,
Allí canciones que, afrentando Orfeos,
Eran dulce recreo á los sentidos,
En tantas variedades suspendidos.

Después que en una máscara vistosa
Nuestro gallardo Rey entró embozado,
Con librea tan rica y tan costosa,
Que del pastor de Atmeto fué envidiado,
Corrió á las rejas de mi prenda hermosa;
Pero su sol divino, retirado,
No dió lugar á que gozar pudiera
Un solo rayo de su luz primera.

Sentido de desdén tan riguroso,
Quiso darla á entender su amor constante,
Y envióla un lazo, cuyo extremo hermoso
Remataba un bellissimo diamante,
Con una banda de color celoso:
Cierta señal de enamorado amante,
En que hizo alarde de firmeza y celos,
Manifestando en esto sus desvelos.

Llegóse, en fin, el aplazado día,
Y los amantes ricos de favores,
Obstentaron, con nueva gallardía,
De sus hermosas damas los mayores;
Compitiendo en las galas á porfía,
La plaza hicieron un jardín de flores,
Y por favor, el dueño de mis ojos
Me dió del Rey rendido los despojos.

Ya que ocupados todos los balcones
De caballeros y de damas bellas,
Que causan [con] su vista admiraciones,
Un cielo hermoso pareció de estrellas,
Entre cuyas divinas perfecciones,
Que liberal el cielo puso en ellas,
Como el sol Armesinda se mostraba,
Que los humanos ojos deslumbraba.

Entró el mantenedor bravo y brioso,
Príncipe de Taranto, que llevaba
De tela verdegay vestido airoso,
Sobre nácar, que el verle deleitaba,
Y por empresa, un corazón fogoso
Que una hermosa doncella le arrancaba;
La letra dice: «Acaba mi esperanza,
Y tu crueldad comienza en tu mudanza.»

Salióle apadrinando el duque Arnesto,
Padre de la gallarda Serafina,
Y con aire vistoso tomó el puesto,
Y al Rey y damas la rodilla inclina;
El son de los clarines se oyó en esto,
Porque entró por la calle más vecina,

De Visiniano el Príncipe el primero,
Hecho de amor valiente aventurero.

De morado y pajizo era el vestido,
Con recamos de plata, ¡linda cosa!
Y por empresa, un caballero herido
De una dama cruel y desdenosa;
El corazón tenía dividido,
Y enclavada una flecha rigurosa;
La letra: «En mis colores he mostrado
Que me trae tu rigor desesperado.»

Tras él entró Salerno, que ninguna
Gala igualó la suya en lo lucido,
Más brillante que el plastro de la luna,
Todo de fina plata guarnecido;
Llevaba por empresa la fortuna,
Y un bello joven de su rueda asido;
La letra: «Aunque más vueltas dé mi suerte,
No podrá hacer que deje de quererte.»

Rogero, el Conde, entró en la plaza luego
Vestido de leonado y verde oscuro,
Cierta señal de congojoso fuego,
Poca esperanza en mal de amor tan duro;
La empresa era el Amor desnudo y ciego,
Que, rompiendo del pecho el fuerte muro,
Un retrato sacaba, otro ponía;
La letra: «Ya no vive quien solía.»

Yo entré de oro y azul, con las colores
Y favor que me dió mi prenda hermosa;
En el escudo puesta, con primores,
De un amante la fuerza poderosa:
Un león que, mostrando sus rigores,
Seguía una cordera temerosa;
Y la letra: «¡Pastor, estad alerta,
Que si os dormís, vuestra pérdida es cierta!»

Después de varias suertes, que no cuento
Por no ser tan prolijo, en que mostraron
Su destreza, valor y pensamiento,
La gloria al de Taranto le dejaron;
Y dando á todos general contento,
Mil parabienes á su dueño enviaron,
Que en tanta dicha, altivo y arrogante,
Gozaba de los tres blasón triunfante.

Yo, que aguardado hasta este punto había,
Al contrario me acerco, que orgulloso,
A mí con esperanza se venía
De hacer algún encuentro venturoso;
Mas mintióle esta vez su fantasía,
Pues, rendido á mi brazo poderoso,
Con el bote primero de mi lanza
Dejó, Carlos, burlada su esperanza.

Diéronme el parabién del vencimiento
Con mil muestras de gusto y alegría,
Publicando sus voces por el viento
La alegre y venturosa suerte mía;
El vulgo grato, á mi fortuna atento,
Rompió el silencio en alabanza mía
Con tanto aplauso, que esparció la gente
El vitor por el aire dulcemente.

D. CAR. Suspenseo me habéis tenido:
¡Fiesta, por cierto, extremada!

D. JUAN. Lo que os he dicho no es nada,
Conforme lo que ello ha sido;
Mas, por no daros enfado,
Pasé en silencio mil cosas,
Peregrinas y curiosas,
Con que al Rey han festejado.

TRIST. Mira, que sale Leonelo
Con un papel.

D. CAR. Yo me voy;
Otra vez os veré hoy.

D. JUAN. Mil años os guarde el cielo.

Vase, y sale LEONELO, criado del Rey, con un papel.

TRIST. Ya ha entrado.

LEON. Señor don Juan....

D. JUAN. ¡Oh! Leonelo.

LEON. Este papel

Es del Rey; mirad en él
El favor y honra que os dan.

D. JUAN. Mostrad.

TRIST. Sin duda alguna

Que quiere darte, señor,
El premio de vencedor;
¡Vive Dios que es gran fortuna!

D. JUAN. Beso la nema; ya abrí;
Y me avisa mi temor *(Aparte)*
Que ésto es venganza de amor.

TRIST. Léele, acaba.

D. JUAN. Dice así:

«Don Juan, en este punto acabo de leer las cartas que me trujo D. Carlos del Príncipe de Rosano, en que me avisa que el de Francia, con mano armada, ha entrado por las tierras de Nápoles: á vos os toca la defensa de mis reinos, que, como cierto de vuestro valor y lealtad, os he escogido más que á otro para reprimir su osadía; apercibíos al punto, porque mañana ha de ser vuestra partida. El cielo os guarde.—*El Rey.*»

LEON. ¿Qué respondéis?

D. JUAN. Que obedezco;

Y que tan sujeto estoy,
Que mi vida y cuanto soy,
A sus pies humilde ofrezco;
Que aunque no soy digno yo
De una merced tan subida,
La tiene bien merecida
Mi lealtad, si el valor no:
Luego sus pies besaré.

LEON. Justamente en vos se emplea.
D. JUAN. ¿Quién hay que mi pena crea?
LEON. Yo me voy.
D. JUAN. Pues luego iré.
LEON. Dios os guarde.
TRIST. ¿Qué tenemos?
Vase LEONELLO.

D. JUAN. ¿Qué he de tener, sino enojos?
TRIST. Mas ¿qué humedeces los ojos?
Deja ¡por Dios! los extremos.
Yo si te digo verdad,
Esperé cualquier condado,
Y en ayunas me he quedado,
Paga de mi necesidad.
Más linda es, señor, la guerra,
Y no hay cosa que haga á un hombre
Ganar grande fama y nombre,
Como salir de su tierra.

D. JUAN. Deja vanos disparates,
Y tráeme tinta y papel.
TRIST. ¿Quiéresme alistar en él
Por capitán?

D. JUAN. No me trates
De guerra ni de soldados:
Veme por lo que te pido.
TRIST. Yo me encajo un apellido
De los que son más nombrados;
Jineta de capitán
Tendrá mi brazo robusto,
Y entonces llamarme gusto
Don Fulano de Guzmán.

D. JUAN. Acaba, necio.
TRIST. Ya voy.
No hay más Leonor en el mundo;
Mi dicha en la guerra fundo.

D. JUAN. ¡Vivo, amor, muriendo estoy!
Pues ánimo le ha faltado
Para contaros mi mal,*
Angel bello y celestial,
Al corazón desmayado.
Denme paciencia los cielos
Y alivio en tanto rigor,

Pues no hay tormento mayor
En amor que ausencia y celos.
Sale TRISTÁN con recado de escribir; llegue un bufete
y silla.

TRIST. Aquí está tinta y papel.
D. JUAN. Pues en tanto que la pluma
Hace de mi mal la suma,
Llama á Carlos.

TRIST. Voy por él.
Vase TRISTÁN, y siéntase á escribir.

D. JUAN. Remedio amor ha trazado,
Y que ha de tenerle creo
A medida del deseo
Este celoso cuidado.
Escribe.

No he comenzado muy mal;
Pase la pluma adelante,
Pintando el poder gigante
De quien causa pena igual.
Vuelve á escribir.

Ya acabé; mas no es posible,
En tan tirano rigor,
Que tenga fin mi dolor,
Siendo en todo tan terrible,
Que á todo mal se prefiere.
Ya el papel está cerrado,
Y yo en mi amor abrasado.
Salen D. CARLOS y TRISTÁN y levántase D. JUAN.

D. CAR. ¿Qué es lo que don Juan me quiere?
TRIST. No lo sé; mas aquí está
Suspenseo y solo consigo:
Háblale.

D. CAR. Don Juan, amigo.....
TRIST. Él sus penas te dirá
D. JUAN. ¡Oh, Carlos!
D. CAR. Vengo á saber
Para qué me habéis llamado.

D. JUAN. Comunicar el cuidado
Su remedio suele ser;
Mas antes despacharé.
¡Ah! Tristán, ¿oyes?

TRIST. Señor.....
D. JUAN. Da este papel á Leonor,
Dáale el papel.
Que me importa.

TRIST. Así lo haré.
Vase.

D. JUAN. Ya estamos solos. ¡Ay, Carlos!
Si pudiese mi dolor
Manifestaros la pena

Y terrible confusión
Que pasa un pecho abrasado
En dulces llamas de amor,
Donde el alma es mariposa
Que, deslumbrada al candor
De los ojos de Armesinda,
Tan ciega ¡ay Dios! se llegó
A sus rayos soberanos,
Sin recelar el rigor
Con que el más helado pecho
Vuelven en fuego, que estoy
Tan preso en sus dulces lazos
Y en su amorosa prisión,
Que como el imán al hierro
Y como á la rosa el sol
Atraen, así, deste modo,
Sigo su hermosura yo.
Mas dejando de contaros
Adónde llega mi amor,
Que es un principio sin fin,
Porque quiero con pasión,
Ya os acordaréis que os dije
En la relación de hoy,
Cómo el Rey quiere á Armesinda
Y pretende su favor,
Y que una banda y diamante
Que de su mano la dió,
Mis despojos hizo, efetos
De un rendido corazón;
Pues en este mismo día,
Sin encubrirlas, mostró
Las señales de su pena,
De sus iras el furor;
Y por vengar su desprecio
Me ausenta, con la ocasión
De la guerra del de Francia,
Dando tan buena color,
Que su general me hace,
Con que mi esperanza en flor
Se ha de marchitar sin tiempo,
Perdiendo su galardón
Mi fe, tan bien merecido,
Porque viendo que me voy
Armesinda, y que la quiere
Un Rey de tanto valor,
Se rendirá á sus halagos,
Pues nunca menos se vió
En una mujer ausente,
Que apetecer lo mejor.
Yo me voy, Carlos amigo,

A morir de mi dolor,
Sin alma; mirad si tengo
Para sentirlo razón.
Mas entre tantos pesares,
Que veneno al alma son,
Un consuelo me ha quedado,
Fundado, Carlos, en vos:
El amigo sois más caro;
Yo os dejo por otro yo,
Para que, Argos vigilante,
Con más ojos que el pavón,
Guardéis la prenda que adoro,
De este tirano rigor,
Que hasta su cielo divino,
Más soberbio que Nembrot
Con la escala del poder,
Donde no hay oposición
Pretende subir ufano,
Arrojando de él mi amor.
Esto os ruego, Carlos mío,
Por Dios, por mí, por quien sois;
Que si tal merced alcanzo,
Tendréis en mí desde hoy,
No digo un amigo grande,
Sino un esclavo, el menor,
Que á vuestros pies humillado,
Para mí el lugar mejor,
Podréis ponerme al instante
Con el hierro vengador
La señal de servidumbre
Que tal amistad granjeó.
Así partiré contento,
Ya que sin recelos no,
En fin, más asegurado
De mi cobarde temor,
Que aunque de mi dueño hermoso
Tengo gran satisfacción,
No os espantéis de que tema,
Que es mujer, y amante soy.

De rodillas.

D. CAR. Levanta, don Juan, del suelo,
Pues menos ponderación
Bastaba á mover mi pecho,
A ser mi amistad menor;
Mas pues sabes que conservo
De siempre tuyo el blasón,
Antes faltará á los cielos
De Atmeto el rubio pastor,
Al mundo azul las estrellas
Y de Cintia el resplandor;

Al prado su primavera,
 Al árbol la fruta y flor,
 Al mar los peces, y al día
 Bella esposa de Titón,
 Que yo falte en tu servicio,
 Y no es exageración,
 Pues diera por ti mi vida,
 Cuanto valgo y cuanto soy.
 Vete, don Juan, sin cuidado,
 Cumple con tu pundonor,
 Porque se acabe la guerra
 Y del Rey la indignación,
 Que en tu lugar quedaré
 Por guarda de aquésta yo,
 Sin que me engañe Mercurio,
 Y esta palabra te doy.

D. JUAN. Mil veces besar quisiera
 Tus pies, Carlos.

D. CAR. Eso no,
 Que están los brazos más cerca.

Abrazanse.

D. JUAN. Sólo ellos mi amparo son.

D. CAR. ¿Sabe tu ausencia Armesinda?

D. JUAN. En un papel la llevé
 Tristán la dura sentencia
 De mi triste muerte, ¡ay Dios!
 Y sin eso, la he de ver
 Esta noche.

D. CAR. Pues ya el sol
 Quita el freno de diamantes
 A Ecto, Flegón y Piroys,
 No te detengas, don Juan,
 Que se acaba el día.

D. JUAN. Voy,
 Y veré primero al Rey;
 Entremos juntos los dos.

D. CAR. Otro Pilades será.

D. JUAN. Y como otro Orestes yo.

*Vanse, y salen ARMESINDA, dama, y LEONOR, criada,
 con un papel.*

LEONOR. Este papel para ti
 Me acaba de dar Tristán.

ARMES. Muestra; mas si es de don Juan,
 ¿Qué puede escribirme aquí?
 A novedad lo he tenido,
 Pues en seis años de amor
 Es el primero, Leonor,
 Que á mis manos ha venido:
 Jamás confié á la pluma
 Mis secretos; que en querer

Nunca en papel quise hacer
 De mis amores la suma,
 Que suelen ser de una dama,
 Por un descuido, la puerta
 Que la deja siempre abierta
 Para perder honra y fama.
 Don Juan, siguiendo mi gusto,
 Tan de esta opinión ha sido,
 Que jamás ha pretendido
 Salir de lo que es tan justo.
 ¡Y al cabo de tantos años
 Escribirme! ¡Extraña cosa!
 El alma está temerosa.

LEONOR. Deja esos locos engaños;
 Veamos qué escribe aquí.

ARMES. Abro temblando el papel.
 ¿Si viene mi muerte en él?

LEONOR. Abre, acaba.

ARMES. Escucha.

LEONOR. Di.

Lea.

ARMES. «El Rey, celoso de mí
 Y enamorado y perdido,
 Para vengarse, ha querido
 Que yo me ausente de aquí;
 De su reino á la frontera
 Me envía por capitán;
 Fuerte sentencia me dan,
 Pues amor manda que muera.
 De celos, será forzoso
 Que me mate el rigor fiero,
 Pues en tu ausencia no espero
 Tener fin más venturoso.
 Esta noche pienso verte
 Y despedirme de ti,
 Que es bien que celebre ansí
 Las vísperas de mi muerte.
 ¡Guárdente, mi bien, los cielos,
 Que yo he de ser en amar
 Firme, cual roca en el mar,
 Entre tormentas de celos!

.....
 No puedo pasar de aquí:
 ¿Hay tal desdicha, Leonor?
 ¿Hay tal tragedia de amor
 Como comienza por mí?»
 ¡Oh papel, quiero romperte,
 Pues el alma me has herido,

Risgale.

Y en tanto dolor, has sido

Mensajero de mi muerte!
¡Don Juan ausentarse, cielos!
¡El Rey me ausenta á don Juan!
Mas celos, ¿qué no podrán?
No eran vanos mis recelos.
Pero pierda la esperanza,
Porque antes verá acabado
Todo ese cielo estrellado,
Que en mi amor haya mudanza.
No piense que ha de poder
De ausencia el fiero rigor
Contrastar tanto valor,
Porque al contrario ha de ser.
Y bien puede estar seguro
De que no soy nieve al sol,
Sino cual oro en crisol,
Que sale más limpio y puro.
Esta ausencia lo ha de ser
Y he de amar hasta morir,
Porque se pueda decir
Que hay firme alguna mujer.

LEONOR. Mira que sale la Infanta;
Ten sosiego.

ARMES. ¿Cómo puede,
Mal que á todo mal excede,
Hallarle en desdicha tanta?

LEONOR. Ya llega.

Sale la Infanta.

INFANT. ¡Con tantas quejas
Aquí, Armesinda! ¿Qué es esto?
¿Quién así te ha descompuesto,
Que de quien eres te alejas?

ARMES. ¿Yo quejas? No, mi señora;
Todo con Leonor ha sido.

INFANT. Mala disculpa has fingido,
Pues yo te oí como agora.

ARMES. ¡Ay, triste, si oyó el papel! *(Aparte.)*

INFANT. Y de ti vivo quejosa
Que no me hayas dicho cosa
De esa tu pena cruel,
Sabiendo lo que te quiero
Y mi buena voluntad.

ARMES. Encubrirte la verdad,
Fuera término grosero
A ese valor soberano,
De quien soy humilde hechura
Y de quien vivo segura;
Mas porque sale tu hermano
Me voy; después te hablaré;
Que me sigue con cuidado,

Y de noche, enamorado,
Temo que á mí me le dé,
Y á ti sospechas tan tarde.

INFANT. Conmigo es vano temor.

ARMES. Lo que yo temo es su amor.

INFANT. Pues vete.

ARMES. Adiós.

INFANT. Él te guarde.

ARMES. A don Juan voy á esperar.

Vase con LEONOR y sale el Rey.

REY. ¿No estaba Armesinda aquí?

INFANT. Anda con temor de ti,
Y no te quiso aguardar.

REY. ¿Hay tan grande crueldad?
Pues de mí, ¿por qué ocasión?

INFANT. Teme alguna sinrazón
Hija de tu voluntad.

REY. No me hallo un punto sin ella.

INFANT. ¿Tan enamorado estás?

REY. No puede, hermana, ser más
Lo que esta enemiga bella
Me hace sufrir y penar.

INFANT. Injustos son tus desvelos.

REY. ¡Qué quieres! Mátanme celos
Y anégame un mar de amar:

Vi á don Juan favorecido
De quien tanto estimo y precio,
Con mil prendas, y el desprecio
La causa de todo ha sido;
Ofrecióse esta ocasión
En que de aquí le he ausentado,
Con que quedaré vengado
Sea ó no sea razón.

INFANT. Amor no admite ninguna.

REY. Dices bien; que al fin es rey,
Y no está sujeto á ley;
Solamente guarda una.

INFANT. ¿Cuál?

REY. La del gusto.

INFANT. Es así;

Mas quien tiene discreción,
Sujétese á la razón.

REY. No estoy, Celidaura, en mí;
Quiero y amo con exceso
Aquesta ingrata hermosura,
Origen de mi locura,
Pues por ella pierdo el seso;
Tengo un desvanecimiento
Dentro de mi fantasía,
Y una rebelde porfía

Que no admite rendimiento.
Y, en efecto, tengo llena
El alma de mil enojos,
Y así se asoma á los ojos,
Como á ventana, mi pena.
Ablándame este diamante
En firmeza y en dureza,
Pues no basta mi grandeza
Ni ser en su amor constante.

INFANT. Yo haré todo mi poder;
Pierde por mí ese cuidado.
REV. Un monte habrás allanado
Si vences esta mujer.

Vanse, y salen D. JUAN y TRISTÁN, de noche.

D. JUAN. ¿Es muy tarde?

TRIST. No, señor;
Las doce en punto dió agora.

D. JUAN. ¡Oh, si saliese mi aurora!

TRIST. ¡Oh, si saliese Leonor!

D. JUAN. Sal, divino sol, á darme
Luz en tiniebla tan fría.

TRIST. ¡Acaba, soplona mía,
En salir á consolarme!

D. JUAN. Lleguemos paso y despacio,
Por si viene gente acá.

TRIST. Bien desocupado está
El terrero de palacio.

D. JUAN. Ya siento abrir la ventana:
Ponte á este lado, Tristán,
Y hablaréla.

Salen ARMESINDA y LEONOR á la ventana.

ARMES. ¿Es mi don Juan?

D. JUAN. Yo soy. ¡Oh suerte inhumana,
Que me has de quitar que vea
Unos ojos, que me dan
Vida en su vista!

LEONOR. ¿Es Tristán?

TRIST. Si tú quisieres que sea.

ARMES. ¿Es posible que te ausenta
El Rey cruel de mis ojos,
Y que para darte enojos,
Vencer mi desdén intenta?
¿Es posible que sin ti
He de poder tener vida?
No es posible, porque asida
Con el alma te la dí.
Contigo llevas, mi bien,
Alma, vida y corazón;
Que mi amor y fe es razón
Que estos soldados te den.

Del Rey la fuerza amorosa
No te dé, don Juan, disgusto,
Que en el resistir su gusto
Verás mi firmeza honrosa.
Roca seré incontrastable
En este mar proceloso,
Que á su viento riguroso
He de estar firme y estable.
¿No me respondes?

D. JUAN. ¿Qué puedo

Responder? Si estoy mortal:
Y temiendo mayor mal,
Turbado y confuso quedo;
Que es poderoso contrario
De un mozo rey el poder,
Y es justa cosa temer
Mudanzas del tiempo vario.
Seis años con tu gloriosa
Vista he podido vivir;
Pues ¿cómo podré sufrir
La ausencia triste y forzosa?
Que la pena de no verte,
Pienso que me ha de matar,
Que es mejor que no llegar,
Dulce señora, á perderte.

ARMES. Es tanto el tormento mío
Y lo que siento y padezco,
Que las piedras enternezco
Con los suspiros que envío.
¡Que te vas!

D. JUAN. Más sentiré
Si me olvidas, Armesinda.

ARMES. La muerte, don Juan, me rinda
Antes que falte á mi fe;
Y porque partas de aquí
Seguro de mi valor,
La satisfacción mayor
Quiero darte. Escucha.

D. JUAN. Di.

ARMESINDA.

Si yo, ingrata, olvidare tus amores,
Ni burlare, mudable, tu esperanza,
En un golfo de celos sin bonanza
Me anegue, de tu ausencia en los rigores;
De mi edad juvenil, las frescas flores
Marchite en Mayo el tiempo y su mudanza,
Haga de un envidioso confianza,
Y un vil esclavo goce mis favores;
No tenga en cosa que procure gusto,
Penas me sean las mayores glorias,

Persígame tu sombra en cualquier parte,
Viva, muriendo, en cautiverio injusto,
Y atórménenme el alma tus memorias,
Si yo, don Juan, dejare de adorarte.

DON JUAN.

Pues si dejare un punto de quererte,
Ni olvidare jamás tu rostro hermoso,
No halle en cosa que emprenda, fin dichoso,
Y en flor me coja desastrada muerte;

Tenga en todas mis cosas mala suerte,
Con el Rey me enemiste un mentiroso,
No vuelva desta guerra vitorioso,
Y máteme la pena de no verte;

Gócete el Rey, y rompa mis despojos,
Ostente los favores de tu mano,
Pase mi cuerpo, desta á la otra parte,
Con mi espada, delante de tus ojos,

La mano del más rústico villano,
Si dejare, Armesinda, de adorarte.

TRIST. ¡Vitor á los dos, Leonor!

ARMES. Don Juan, esta calle deja,
Y pásate á esotra reja,
Donde hablaremos mejor,
Que es muy baja.

D. JUAN. Así lo haré.

ARMES. Pues vé, que en el puesto espero.
Quítase.

D. JUAN. Mi amor llegará primero
Con las alas de su fe.

Éntrase D. JUAN.

TRIST. Y ella, no me dice nada,
Pues ve que también me ausento.

LEONOR. Cierto, Tristán, que lo siento
Con grande extremo.

TRIST. ¡Ay, taima la!
Ya he comenzado á temer
Que en faltando yo, no hay más,
Por otro me dejarás,
Como mula de alquiler.

LEONOR. No hayas miedo.

TRIST. Pues porque haya
En esta ausencia consuelo,
Asegura mi recelo.

LEONOR. Sí haré. Oye, Tristán.

TRIST. Vaya.

LEONOR.

Si yo olvidare, cielo, eternamente
El amor y las gracias de Tristán,
Con campanas me atruene un sacristán
Y beba en el verano agua caliente;

Persígame un galán impertinente,
No halle flor en el campo por San Juan,
En piedra dura se me vuelva el pan,
Y tenga lamparones en la frente;

No halle descanso ni contento en cosa.
Pulgas me piquen en cualquiera parte,
Y si durmiere, que me den enojos;
Quede, cuando llorare, lagañosa,
Si yo dejare, mi Tristán, de amarte,
Porque eres el candil de aquestos ojos.

TRISTÁN.

Pues si yo te olvidare, mi Leonor,
Ni borraré del alma tu retrato,
Con sus ratones me persiga un gato,
Con sus golpes me aturda un herrador;

Ande hecho estafermo de un señor,
De mis favores haga un necio plato,
Con preguntas me mate un mentecato,
Y atraviésemme el cuerpo un asador;

Parezca cocinero de convento,
No tenga en esta guerra buena suerte,
Un escudero goce mis despojos,
Y pónganme á guardar un monumento,

Si yo, Leonor, dejare de quererte,
Porque eres las niñitas destes ojos.

LEONOR. Basta: satisfecha estoy.

TRIST. Quedo, ¡por Dios! ¡Mi señor!

Sale D. JUAN.

D. JUAN. No hay más fe, no hay más amor,
Que el de mi bien.

LEONOR. Yo me voy.

Quítase de la ventana LEONOR, y salen el REY, D. CARLOS y LEONOR, de noche; embózanse D. JUAN y TRISTÁN.

REY. Gente, Carlos, hay aquí.

LEON. Y la ventana cerraron;
Con ellos, sin duda, hablaron.

D. JUAN. Estos se acercan á mí.

REY. ¿Conóceslos?

D. CAR. No, señor.

REY. Pues pregunta.

D. CAR. Es razón.

¿Qué gente?

D. JUAN. Dos hombres son.

D. CAR. ¿Quién vive?

D. JUAN. Sólo el amor.

¿Es Carlos?

D. CAR. Sí, y Filiberto (*Aparte.*)

Es el que viene conmigo.

D. JUAN. No sé qué he de hacer, amigo,

Si vengo á ser descubierto.
 LEON. Y él, ¿quién es?
 TRIST. Soy un soldado
 De amor.
 LEON. Pues el nombre dé.
 TRIST. Espere, y se lo diré:
 El amante sin cuidado.
 REY. Descúbrase.
 D. JUAN. Bien estoy.
 REY. Y si os lo mandase el Rey,
 ¿No lo haréis?
 D. JUAN. Es justa ley.
 REY. Pues descubríos, que yo soy.
 D. JUAN. Si eso es cierto, veisme aquí
 Á vuestros pies.
 Descúbrase.
 REY. ¿Es don Juan?
 D. JUAN. Sí, señor.
 REY. ¿Y éste?
 D. JUAN. Tristán.
 REY. Pues ¿cómo á tal hora así?
 D. JUAN. Salí, con el gran calor,
 A tomar un poco el fresco.
 REY. No sería mal refresco
 Si acaso os le dió el amor;
 Y más acertado fuera
 Ordenar vuestra partida,
 Pues ya la gente lucida
 En la campaña os espera;
 Y advertid que á esta ventana
 No os pongáis á galantear,
 Ni lleguéis jamás á hablar
 Con las damas de mi hermana.
 D. JUAN. ¿Yo, señor? ¡Jesús!
 REY. No habléis.
 Idos, don Juan, á acostar,
 Porque habéis de madrugar.
 D. JUAN. Señor....
 REY. No me repliquéis.
 Ven, Carlos.
 D. JUAN. ¿Hay tal rigor?
 Vase el REY y sus criados.
 «Idos, don Juan, á acostar,
 Porque habéis de madrugar.»
 TRIST. ¡Lindo consejo, señor!
 D. JUAN. Amor y temor, que el alma
 Cercáis en un mismo tiempo,
 Sin tener en tantos males
 Ni descanso ni consuelo,
 ¿Qué guerra injusta es aquésta

Qué hacéis en mi pensamiento,
 De sospechas mal nacidas,
 En que por puntos me anego?
 No es bien que temáis mudanza
 De quien es de amor portento,
 De firmeza maravilla,
 De hermosura el mismo cielo.
 Sosegaos, sospechas mías;
 No os alteréis, pensamientos;
 Dormid seguros, cuidados;
 Dejadme un poco, desvelos.
 Mas ¡ay! que es fuerte enemigo,
 Flaco el muro de su pecho,
 La ausencia, de amor contraria,
 Y que es mujer considero.
 Si la combate el poder,
 Con muy justa causa temo,
 Con razón suspiro y lloro,
 Con ocasión desespero.
 ¡Oh, cielo airado, inhumano,
 Que escuchas mis tristes ecos!
 ¿Por qué culpas me condenas
 Para un infierno de celos,
 Para un millón de pesares,
 Para un siglo de tormento,
 Para un mar tempestuoso
 Y para un mal sin remedio?
 Enternézcante mis quejas,
 Oye mis suspiros tiernos,
 A mis pesares te ablanda,
 Y escucha mi sentimiento.
 No se cómo tengo vida
 Cuando á la desdicha llego,
 En que de mi bien me aparto
 Y de sus ojos me alejo.
 ¿Es posible que me voy?
 No es posible, no lo creo,
 Que el alma se queda acá,
 Y sólo se parte el cuerpo.
 Tú, noche, que oyes mi llanto,
 Dila á Armesinda cuál quedo,
 Estas ansias la refiere,
 Menores de lo que siento.
 Y vosotras, bellas luces
 De ese hermoso firmamento,
 Decid á las de sus ojos
 Lo que por ellas padezco.
 Y tú, sol, que el mundo alumbras,
 Pues gozas ufano el cerco
 De rayos que desperdicia

El resplandor de mi dueño,
Cuando mirares su rostro,
Menos altivo y más bello,
Recuérdala las memorias
De aquellos pasados tiempos.
Tú, dulce señora mía,
Resiste el poder violento
Deste Tifeo segundo
Que quiere asaltar tu cielo.
Derriba sus pretensiones,
Aniquila sus intentos,
Desespera su esperanza
Y confunde su deseo,
Que si de esta suerte lo haces,
Partiré á morir contento,
Pues me ausento de la vida
Que tengo mientras te veo.
Y con esto me despido:
Adiós, bellissimo dueño;
Adiós, rejas y paredes,
Donde toda el alma dejo;
Adiós, Nápoles la bella;
Adiós, palacios soberbios,
Destierro de la virtud
Y patria de lisonjeros.
¡Ea, partid á la guerra,
Cuidados y pensamientos,
Seguid á Marte animoso,
Dejad á Cupido tierno!
Mas ¿qué digo? Estad alerta
Por centinelas, recelos,
Mirad que este muro asalta
De un poderoso el deseo.

TRIST. ¿Acabóse la oración?

D. JUAN. No tiene fin lo que siento.

TRIST. Vente á acostar, con el diablo,
Mira que todo me duermo.

D. JUAN. ¿Qué hora es?

TRIST. Las cuatro y media.

D. JUAN. Pues ven, que voy casi muerto.

TRIST. Y yo de sueño y de hambre,
Por seguir tu poco seso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen el REY y D. CARLOS solos.

REY. ¡Que respondió tan cruel!

D. CAR. Si quiere á don Juan, no es mucho.

REY. Con un duro mármol lucho,
Hecha de nieve y clavel.

D. CAR. Dila, señor, el papel;
Contéla tu grande amor,
Y con no visto rigor,
Manifestado en sus ojos,
Respondió....

REY. ¡Bravos enojos!

D. CAR. Que no esperes su favor.

REY. ¿Hay tal cosa? ¡Estoy perdido!
Mas no pierdo la esperanza,
Que de mujer, la mudanza
Nunca desechada ha sido;
Pues ya que no engendra olvido
En ella, Carlos, la ausencia,
Bien podrá mi diligencia
Hacer, con algún engaño,
Que cese el desdén extraño
Con que apura mi paciencia.

D. CAR. Muy bien, señor, me parece;
Pero ¿cómo le has trazado?

REY. El decir que se ha casado
Su amante, mi amor me ofrece;
Con tantos desdenes crece,
De suerte ¡ay cielos! que estoy
Olvidado de quien soy,
Y ocasiona mi locura
Esta divina hermosura,
Tras cuyo hechizo me voy.
¿No has visto la bella rosa,
Carlos, que llaman del sol,
Seguir su claro arrebol
Lozana y presuntuosa,
Y que en la noche medrosa,
Como la faltan sus rayos,
Se encoge con mil desmayos,
Hasta que al siguiente albor
Vuelve á ver su resplandor
Y á repetir nuevos mayos?
Así yo, ni más ni menos
Altivo, bien como ella,
Sigo de Armesinda bella
El de sus ojos serenos;
Mas en el punto que ajenos
Los míos están de ver
Su beldad, vengo á perder
El gusto para otra cosa,
Hasta que su luz hermosa
Me vuelve á dar nuevo ser.

D. CAR. Pues si no te has de casar,

REV. ¿No es lo que quieres locura?
Muy bien puede su hermosura
Á mi grandeza igualar;
Mas si lo llevo á intentar,
Ya ves que no es justa cosa,
Ni para mi estado honrosa,
Casarme yo con quien sé
Que tiene en otro su fe
Y que es conmigo engañosa;
Que aunque vivo satisfecho
Que su amor, bien arraigado,
De palabras no ha pasado,
Ni otra malicia sospecho,
Es menester que del pecho
La arranquemos á don Juan,
Que con eso cesarán,
Dándole, Carlos, la muerte,
Los tormentos y ansia fuerte
Que tanta pena me dan.

D. CAR. Sentencia, por cierto, injusta,
Cuando sirviéndote está.

REV. Pues tanta pena me da,
No es injusta, sino justa.

D. CAR. En fin, ¿de matarle gusta
Vuestra Alteza?

REV. Lo que quiero
Decirte en esto, es que espero,
Fingiendo su muerte, hacer
Que se rinda esta mujer
A un amor tan verdadero.

D. CAR. Aun lleva mejor camino.

REV. Antes que ponga este medio,
Que es el último remedio
Con que acabar imagino
Su conquista, determino
Hacerla entender por ti
Que se ha casado, y así
Creerá que es cierto el suceso
Por ser tu amigo, y con eso
Tendrá más piedad de mí.

D. CAR. ¡Ay, pobre don Juan, ausente! (Aparte.)

REV. ¿Qué dices?

D. CAR. Que es traza buena.

REV. Así entretendré mi pena.

D. CAR. Pues vete, porque lo intente,
Que en teniéndola presente
Daré á tu traza lucida
Principio.

REV. Y á mí la vida,
Si sales, Carlos, con ello.

D. CAR. Echaré á mi industria el sello
Por conocer si es fingida. (Aparte.)

Vase el REV.

D. CAR. Ya es ido el Rey, y confuso
Me deja su loco amor.
Aunque seguir no es error
De aquestos tiempos el uso,
El cumplir aquí no excuso
Lo que me deja mandado;
Mas si soy amigo honrado,
¿Cómo puedo hacer que rinda
Su amor al Rey Armesinda,
Habiéndomela encargado?
Yo soy amigo leal
Y soy vasallo del Rey,
Su obediencia es justa ley,
É impedir también el mal
De mi amigo. ¿Hay pena igual?
Si al uno quiero servir,
Al otro le he de mentir,
Porque en término sucinto,
No hay en este laberinto
Un hilo para salir;
Mas ya le halla mi deseo
En la misma confusión,
Pues me le da la ocasión,
Y sin ser el de Teseo,
Que saldrá á mi intento creo,
Porque, fingiendo, sabré
Si es oro lo que se ve
De Armesinda con don Juan,
Y en éste toque saldrán
Los quilates de su fe;
Que no hay en una mujer
Combate más fuerte y recio
Como de un hombre el desprecio,
Para venir á caer;
Notable prueba ha de ser,
Con que se muestre mejor
De su fineza el valor;
Y si estuviere constante,
Será á un risco semejante:
Mas ya sale con Leonor.

Salen ARMESINDA y LEONOR.

ARMES. Bravo olvido en tanto tiempo.

LEONOR. Aquí está don Carlos; llega
Y háblale, que él te dará
De don Juan algunas nuevas.

ARMES. Bien dices. ¡Señor don Carlos!

D. CAR. ¿Hay en qué serviros pueda?

(Descubierto.)

Que lo haré con mucho gusto.

ARMES. Sólo vengo á daros quejas
De un amigo, el más ingrato.
Perdonad, que con la pena
Y sentimiento, no es mucho
El faltar á mi modestia.

D. CAR. Bien podéis hablar segura.

ARMES. Salte, Leonor, allá afuera
Mientras hablo con don Carlos,
Y tenme muy buena cuenta
Si alguien viene.

LEONOR. Ansí lo haré.

(Vase.)

D. CAR. Ya se fué Leonor.

ARMES. Pues deja
Que sienta, Carlos, y llore
Ingratitud como aquésta.
Seis meses há que don Juan
Se ausentó de mí á la guerra,
Y seis meses que no veo
De su mano ni una letra.
¿Es bueno, por dicha, es bueno
Que haciendo yo resistencia
Á los intentos del Rey,
Despreciando su grandeza,
No mujer, sino diamante,
Firme roca, no veleta,
Y siendo á tan grandes olas
Inmóvil risco en firmeza,
Halle en don Juan tanto olvido
Que ni un recaudo siquiera,
Para consuelo, me envíe
Desta rigurosa ausencia?
¿Qué dices, Carlos, qué dices?
¿No respondes? ¿En qué piensas?
Si son las disculpas tuyas,
No me mandes que las crea;
Habla, ó si no, pensaré
Que él es muerto.

D. CAR. ¡A Dios pluguiera

Que yo no supiera hablar
Para darte tales nuevas!

ARMES. Con razones tan preñadas
Mi triste muerte conciertas.
Declárate más, ¡por Dios!

D. CAR. Pues digo.....

ARMES. Ya el alma tiembla.

D. CAR. (Aparte.) La color se la ha mudado;

Aquí el engaño comienza.

¡Sabe Dios lo que yo siento

Haber de darla esta pena!

Mas ¿qué he de hacer? La amistad

Y la obediencia me fuerzan.

ARMES. Acaba. ¿Qué te detienes?

Pues es mejor cuando llega

El mal, que venga de golpe,

Que no con intercadencias.

D. CAR. Digo, en fin, señora mía.....

ARMES. Ya te escucho medio muerta.

D. CAR. Que don Juan, como mudable

Ausente de tu belleza

Y olvidado de tus gracias,

¡Oh! lo que puede el ausencia,

Prosiguiendo, como sabes,

Con el de Francia la guerra

Con infinitas victorias,

Aumento de su nobleza,

Prendió al almirante Alberto,

Por gran dicha en una de ellas,

Y tratando del rescate

Con don Juan, los dos conciertan

Que, dándole libertad

Y á alguna gente franqueza,

En retorno le daría

Su hija, madama Clavela,

Con trecientos mil florines

En dote, y algunas tierras.

Don Juan aceptó el partido;

Que tanto un hombre se ciega

Cuando con una hermosura

Se junta también riqueza.

Dicen salió á ver la novia

Con tantas galas y fiestas,

Que para de rey faltó

Poca pompa á su grandeza.

No sé si está concluído

El casamiento, aunque cierta

Nueva de lo que te he dicho

Por toda Nápoles vuela,

Si bien no me ha escrito nada,

Y creo que de vergüenza

De ver cuán mal ha pagado

Mi amistad y tu firmeza.

ARMES. ¿Que se ha casado, y que es cierto?

D. CAR. Yo quisiera no lo fuera.

ARMES. ¡Válgame el cielo! ¡Qué ahogos

El alma en el pecho anegan!

D. CAR. Ya empieza amor sus efetos

ARMES. ¿Cómo es posible que pueda Vivir?

D. CAR. ¿Qué tienes, señora?

ARMES. ¿Qué he de tener, que no sea Ansias, tormentos, enojos, Iras, venganzas, afrentas, Desdichas, desconfianzas, Desesperaciones, penas, Que, como enemigos fieros, Para matarme me cercan? ¿No has visto, Carlos, no has visto Alguna mina encubierta En quien el fuego voraz De repente se apodera, Que sin resistencia alguna Con tan gran furia revienta Que el más constante edificio Deshecho en el aire vuela, Todo lo abrasa y consume, Y acabada su violencia, El fuego á su esfera sube, Queda en su lugar la tierra, Y sobre ella, como en centro, Las desbaratadas piedras, Sin quedar otra señal, De aquí no es ya lo que era? Así yo del mismo modo, Contra cuya fortaleza Ni los combates del tiempo, Ni los rigores de ausencia, Ni el amor del Rey bastaron Á hacer en mi pecho niebla, Un desprecio y un olvido Fueron la mina soberbia Que aquel hermoso edificio De mi amor deshecho en piezas Arruinar, Carlos, pudieron Y echar de mi pecho fuera, Volviendo los materiales, De que bien compuesto era, Á su primero lugar; Y así desde agora dejan Al campo sus esperanzas, Al diamante su firmeza, Á las rocas su constancia, Y su amor á la franqueza, Quedando en este lugar Unas pequeñas centellas De la Troya que aquí fué Entre las cenizas muertas.

Y esto no para mudarme Á otro amor, porque es empresa Tan difícil ovidar Jamás mi afición primera, Aunque por ello ganare El ser de Nápoles reina; Que primero se verán Vueltas flores las estrellas En la tierra, y el azul Manto una verde floresta, Que yo me vuelva á rendir, Y tenlo por cosa cierta.

Llora.

D. CAR. ¡Vital amor y lealtad!

ARMES. Goce, goce de Clavela Don Juan muy felices años.

D. CAR. Notablemente me pesa De haber sido yo la causa De los disgustos que muestras. ¡Perdona, por Dios te pido!

ARMES. Antes desde aquí me dejas Muy obligada á servirte. ¡Cielos, dadme más paciencia!

D. CAR. Seis días lo he dilatado, Pero viendo que era fuerza Saberlo tú, te lo he dicho Porque de una vez lo sientas, Y sienta también mi agravio.

ARMES. Fuera encubrírmelo ofensa, Queriendo que en mis engaños Eternamente viviera.

D. CAR. Aunque agora no se sabe Si las bodas están hechas.

ARMES. ¡Sí estarán, siendo en mi daño!

D. CAR. Hasta saberlo sosiega, Sin hacer más novedad.

ARMES. Yo lo haré. ¡Ay Dios, si pudiera! (Ap.)

D. CAR. Que por ventura tu carta Y la mía harán que vuelva Atrás de sus pretensiones Y tu lealtad agradezca.

ARMES. ¡Mas que no llegue á sus manos!....

D. CAR. De sentimientos te deja, Y quédate, porque voy Á ver al Rey, que me espera Para salir de palacio, Y es acompañarle fuerza.

ARMES. Pues vé, y el cielo te guarde.

D. CAR. ¡Por llorar, perdida queda! (Aparte.)

Vase D. CARLOS.

ARMES. ¿Hay suceso semejante?
 Válgame Dios, lo que yerra
 La que fia de quien tiene
 Tan varia naturaleza
 Como en el hombre se ve;
 Pues vuelve la espalda apenas
 De su dama, y en dos días
 No hay cosa que no apetezca.
 Mal ha dicho quien ha dicho
 Que la mudanza se engendra
 Solamente en las mujeres,
 Por su femenil flaqueza;
 Pues cuando alguna se rinde
 Á amar y querer de veras,
 No hay amor, no, que se oponga
 Con el suyo en competencia.
 Díganlo Artemisa y Julia,
 Annia, romana, y Pantea,
 Lecostene, Porzia y Aria,
 Isicratea y Valeria;
 Y bien puedo yo contarme
 Por más constante que éstas,
 Pues amo, mas sin tener
 Las obligaciones que ellas.
 En fin, don Juan, ¡te has casado!
 ¡Quién tal mudanza creyera
 Después de un amor tan largo,
 Y que por otra me dejas!
 ¿Eres tú quien me decía
 Al partir, con ansias tiernas,
 Que un villano te matase
 Cuando olvidarme pudieras?
 ¡Cielos, la venganza os pido
 Tan justa de mi querella!
 Pues yo no puedo vengarme
 En nada de estas ofensas;
 Que admitir á Filiberto,
 Aunque es Rey, será bajeza
 De mi sangre que por dama
 En su palacio me tenga.
 Si me caso, es imposible
 Que algún gusto tener pueda
 En brazos de ajeno dueño,
 Y siendo don Juan mi esfera.
 Pues entrarme en religión,
 ¿De qué sirve, si se queda
 Él contento con su dama,
 Y yo triste con mi pena?
 Ninguna cosa me cuadra
 Ni me deja satisfecha,

Sino es morir, que el morir
 Todas las cosas remedia!

Vase por una puerta, y salen por la otra D. JUAN
 y tres soldados.

D. JUAN. Vencidos ya los franceses
 En tres trances tan famosos,
 No nos muestran orgullosos
 Sus escudos y paveses.

SOLD. 1.º Han sentido tu valor,
 Porque eres el mismo Marte,
 Y así no es mucho temblarte
 Como á invicto vencedor.

SOLD. 2.º No te igualan ¡pesia tal!
 César, Pompeyo, romano,
 Scipión, el bravo africano,
 Ni de Cártago Anibal.

D. JUAN. Mucho agradezco, soldados,
 El amor con que me honráis
 Y el gran valor que mostráis,
 De que seréis bien premiados.
 Á Su Alteza escribiré
 En la primera ocasión,
 Que os dé el justo galardón
 De vuestra lealtad y fe.

SOLD. 3.º ¿Qué mayor que militar
 Debajo de tu estandarte?
 ¡Vive Dios! que á cualquier parte
 Contigo iré á pelear.

D. JUAN. Tengo aviso de una espía
 Que se apercibe el de Francia
 Con socorro de importancia,
 Y que por el mar envía
 Su armada, y viene en persona
 Á proseguir esta empresa;
 Que ya sabéis que interesa
 De Nápoles la corona.
 Conviene estorbar la entrada;
 Bastante gente tendré,
 Y á Sicilia escribiré
 Que no den paso al armada.

SOLD. 1.º Mil despojos me prometo,
 Que estoy sin blanca, ¡por Cristo!
 Mal mi fortuna resisto.

D. JUAN. No juréis.

SOLD. 1.º Soy un pobreto.

D. JUAN. Pues de ayuda cien escudos
 Les doy agora á los tres.

SOLD. 2.º Cual dádiva tuya es;
 Hablen en tu loor los mudos.

SOLD. 3.º Nápoles su rey te vea.

D. JUAN. Vayan á que se los den
En mi tienda.

SOLD. I.º ¡Vive (1), amén,
Más que un templo de una aldea!

Vanse los soldados.

D. JUAN. Mientras me dejan los celos
Y dan treguas á mi mal,
Quiero, ausente celestial,
Referirte mis desvelos.
Después que de ti partí,
Vivo con tantos enojos
Que no sé si estoy en mí,
Mas no es mucho si en tus ojos
La primer vez me perdí.
Desta guerra, mis recelos
Son vigilantes soldados,
Que en iguales paralelos
Me cercan por todos lados,
Mientras me dejan los celos.
Las penas y pensamientos
Son bagaje, y los suspiros
Arcabuces que á los vientos
Hacen mil fogosos tiros
Con balas de mis tormentos.
Es el amor general
Que gobierna mis pendones;
En mi memoria inmortal
Éste alivia las pasiones
Y da treguas á mi mal.
El ánimo es la esperanza
De gozar de tu belleza,
La guarda desconfianza,
Centinela en tu firmeza
El temor de tu mudanza.
De éstos dar á cada cual
Por vanguardia delantera
De mi desdicha mortal
La imaginación ligera,
Quiero, ausente celestial.
A aquesta gente briosa
Mis confianzas la dan
De tu lealtad victoriosa
Un valiente capitán
Que llamo firmeza honrosa.
Entre oscuros negros velos
Contra mí el poder, sin ley,
Viene escalando los cielos,
¿Pues de qué sirve, si es Rey

Referirte mis desvelos?

Sale TRISTÁN con un pliego.

TRIST. Dame albricias.
D. JUAN. Yo las doy;
Mas dime de qué, Tristán.
TRIST. Estas cartas lo dirán,
Que al real han llegado hoy.
D. JUAN. Muestra.
TRIST. Págame primero.
D. JUAN. Yo te haré mi capitán.
TRIST. Eso sí, ¡vitor D. Juan!
Desde aquí soy caballero.
Toma el pliego.
D. JUAN. Aquésta es letra
De don Carlos.
TRIST. Así es,
Que es de su parte.
D. JUAN. Esta es
De quien mi alma penetra.
Mil besos la quiero dar.
¿Es posible que ya veo
Cosa que tanto deseo?
TRIST. Locuras, no han de faltar.

Lea D. JUAN.

D. JUAN. «Mi bien, después que te fuiste
Sólo han tenido mis ojos
Pesar, lágrimas, enojos,
Efetos de ausencia triste.
El Rey procura ablandarme,
Y que deje de quererte,
Mas yo me daré la muerte
Si de él no puedo librarme.
Seguro puedes vivir,
Que no han de vencerme engaños.
Dios te guarde muchos años;
Tuya siempre hasta morir.»
¿Qué te parece?
TRIST. Que es mucha
Su firmeza.
D. JUAN. Y mi temor
Es, Tristán, mucho mayor;
Mas la de Carlos escucha.

Carta.

«Amigo, después que faltáis de Nápoles no ha habido novedad de que os poder dar cuenta por no ser de consideración; sólo os digo que en vuestro particular podéis vivir seguro, porque vuestra dama os adora con la misma firmeza que antes. No temáis, que yo estaré á

(1) En el Mss.: *vivas*.

la mira y os avisaré de todo. El cielo os guarde.

Vuestro amigo,—*Don Carlos.*»

TRIST. ¿Ves cómo te has engañado?

D. JUAN. Siempre la desconfianza

A quien tiene amor alcanza.

TRIST. Pues no estés desconfiado.

Mas ¿cuánto va que Leonor

Se acuerda agora de mí

Como el Gran Turco de ti

Y el asno del ruiseñor?

Pero cuando llegue á ver

Que soy tan gran capitán

Y me llamo don Tristán,....

¡Oh lo que por mí ha de hacer!

D. JUAN. Deja esos vanos ensayos.

TRIST. Una casa he de poner

Que no haya más que ver:

Cien pajes, treinta lacayos,

Una recua de fregonas,

Veinte caballos morcillos,

Cuatro bayos, seis tordillos,

Un papagayo y dos monas.

D. JUAN. Tú lo pareces agora;

Anda necio, que estás loco.

TRIST. Lo que he referido es poco.

D. JUAN. ¿Quién viera mi ausente aurora!

TRIST. Deja esos vanos cuidados,

Que no sabemos, señor,

Si te agradece el amor

Ó nos tiene ya olvidados;

Que cuando es más verdadero

Suele mudarse en presencia

Del bien; pues, ¿qué hará en ausencia?

D. JUAN. ¡Eso dices, majadero!

TRIST. Dos mil ninfas hay aquí,

Y sin verme capitán,

Que ni un cuidado me dan,

Aunque se mueren por mí.

¡Ea, huélgate, así vivas!

D. JUAN. ¡Necio! ¿Quiéresme dejar?

TRIST. ¡De esa manera has de hablar

A un capitán matacribas!

¡Tocan una caja dentro.

D. JUAN. ¿Qué caja es ésta?

TRIST. No sé.

D. JUAN. Sal allá, mira lo que es,

Que yo iré tras ti después.

TRIST. A avisarte volveré.

Vase.

D. JUAN. ¡Qué lleno estoy de cuidados!

Más guerra tengo en mi pecho

Que la que al de Francia he hecho

Con tanta gente y soldados.

Sale TRISTÁN apresada.

TRIST. No fué la señal en vano.

D. JUAN. ¿Qué es, Tristán?

TRIST. Que el Rey de Francia

Ha llegado, y su arrogancia

Pasar quiere el Garellano.

Mira que hay defensa poca,

Y una puente quiere echar.

D. JUAN. Pues vámoslo á estorbar.

¡Toca alarma!

TRIST. Alarma toca.

*Éntranse con ruido de cajas, y salen por el otro lado la
INFANTA y ARMESINDA y LEONOR.*

INFAN. ¿Es posible que no puedes,

Tan ofendida, olvidar?

ARMES. Nada me ha de contrastar.

INFAN. A toda mujer excedes,

En quien suele la venganza

Que esperan de sus enojos,

Cerrar á todo los ojos

Hasta que mejor la alcanza.

Filiberto adora en ti,

Y con tan grande pasión,

Que aquesta loca afición

Le tiene fuera de sí.

Su mujer te quiere hacer

Siendo supremo señor;

No estimar tanto favor

Dime ¿en quién puede haber?

Don Juan te ha pagado mal,

Si bien no te debe cosa

Más de tu constancia honrosa,

Y quererle como á igual.

Deja esa fineza vana,

Que ya pica en grosería.

LEONOR. ¡Acaba, por vida mía!

ARMES. ¿Hay suerte más inhumana?

Perdona, por Dios, señora,

Que no puedo consolarme.

INFAN. Haz esto por agradarme.

ARMES. No lo he pensado hasta agora.

LEONOR. El Rey viene; ten cordura,

Y respóndele más bien.

Salen el REY y D. CARLOS.

REY. ¿Ha templado ya el desdén,

Armesinda, tu hermosura?

ARMES. No se canse Vuestra Alteza.

REY. Yo descanso con cansarme.
 ARMES. En fin, ¿no quiere dejarme?
 REY. En venciendo esa aspereza.
 ARMES. Pues imposible ha de ser.
 REY. El tiempo todo lo muda.
 ARMES. En mí esa regla es en duda.
 REY. No lo es siendo tú mujer.
 ARMES. Pensad en que soy diamante.
 REY. Yo le sabré bien labrar.
 ARMES. Nadie á tanto ha de bastar.
 REY. Puede mucho un rey amante,
 Y como tal, mostrará,
 Ya que tan cruel estás,
 Cuál de los dos puede más.

D. CAR. Innoble en su intento está. (Aparte.)
 ¡Bravamente se defiende!

ARMES. (Aparte.) ¡Válgame Dios, qué tormento!

REY. Determinate al momento,
 Que ya esa altivez me ofende,
 A quererme, que si no
 A don Juan he de matar.

ARMES. (Aparte.) ¿Quién en las olas del mar
 Más combatida se vió
 Que yo? ¡Rigurosa suerte!
 Mas si don Juan me ha olvidado
 Y con otra se ha casado,
 ¿Qué importa que le den muerte?
 Pero ¿cómo he de vivir
 Teniendo la vida en él?
 Que aunque me ha sido infiel,
 No me puedo dividir
 De su amor. ¡Confusión brava!

REY. La palabra me has de dar.
 ARMES. Primero lo he de pensar.
 LEONOR. Señora.....
 ARMES. Déjame.
 LEONOR. Acaba.
 REY. Que si no, ¡viven los cielos,
 Cruel, ingrata, homicida,
 Que he de quitarte la vida
 Porque cesen mis desvelos!

ARMES. Pues ¿tiene de mí rigor,
 Para que pague por mí
 Culpa en algo don Juan?

REY. Sí.

ARMES. No le teniendo yo amor,
 Dime ¿cómo puede ser?

REY. Porque le estimas, padezco.
 ARMES. Antes, señor, le aborrezco,
 Y me lo puedes creer.

(Aparte.) ¡Ay, don Juan, y cómo miento!

REY. Pues ¿por qué dudas ahora?
 ARMES. Por no ser merecedora
 De tan alto casamiento.

REY. Si yo te quiero igualar
 A mí, y ponerte en la alteza
 Que merece tu nobleza,
 ¿Qué disculpa puedes dar?

ARMES. Déjame mirarlo un poco.

D. CAR. ¡Tan gran firmeza no he visto!

REY. En vano mi amor resisto:
 Mira que me tienes loco,
 Y como tal, ¡vive Dios!
 Que si no me das el sí,
 Le he de dar muerte, y así
 Me vengaré de los dos.

ARMES. ¡Señor!

REY. No hay que replicar:
 Ya se acabó la piedad.

ARMES. Advierta tu Majestad.....

REY. ¡Yo le tengo de matar!

Vase el REY y D. CARLOS.

INFANT. Y será muy justa cosa.
 Pues tanto un rey se desprecia.

ARMES. ¡Mi señora!

INFANT. Eres muy necia,
 Y así, para mí, enfadosa.

Vase la INFANTA, y LEONOR tras ella.

ARMESINDA.

No sé si muero, cielos, ó si vivo,
 Enajenada en mi dolor esquivo,
 Sola entre tanta pena,
 Que estoy de alivio y de consuelo ajena.
 Don Juan, traidor, casado;
 El Rey de mis desdenes enojado;
 La Infanta desabrida,
 Y yo de todos tres aborrecida,
 En un mar proceloso,
 Adonde sopla el viento riguroso
 Del poder invencible,
 Que escapar de su furia es imposible
 A mi pobre barquilla,
 No hallando en tanto mal segura orilla,
 Ni en su tormenta calma,
 Donde descansen por un rato el alma,
 Anegada en la furia
 De un desprecio, un olvido y una injuria.
 Venganza amor previene,
 Y él mismo de tomarla se detiene;
 De suerte que al momento

Que quiere ejecutar su pensamiento,
 Arrojando el retrato
 Que tiene el pecho, de don Juan, ingrato,
 De sí, vuelve al instante
 A ser en mi memoria de diamante.
 Y por más que deseo
 Vengarme, haciendo en Filiberto empleo,
 Poniendo su grandeza
 Y estampa por lugar de más alteza
 Del corazón en el ardiente fragua,
 Mas es pintar figuras en el agua,
 Porque tengo á don Juan tan arraigado
 Que de ninguno puede ser borrado.
 ¡Yo muero! Yo le adoro:
 Su ingratitud y mi firmeza lloro;
 No es posible olvidarle,
 Ni por amor mayor dejar de amarle;
 Y antes el cielo bajará á ser tierra,
 Y en su lugar se subirá la sierra,
 Acuchillando el viento pececillos
 Y el undoso elemento pajarillos,
 Que en mí se pueda ver mudanza alguna,
 Por más que me persiga la fortuna,
 A sus golpes inmóvil
 Y á los del Rey como la encina ó roble.
 Mas ¡ay, triste, qué digo,
 Cuando aquel enemigo
 En brazos de Clavela
 Por amarla y matarme se desvela,
 Gozándola contento,
 Sin acordarse del dolor que siento!
 ¡Válgame Dios! ¡Qué extrañas sinrazones
 Padezco entre tan grandes confusiones!
 Pues si aquí me desquito,
 Y á Filiberto por vengarme admito,
 En venturoso empleo
 A mi enemigo con Clavela veo.
 ¿Cómo tendré alegría
 Cuando no la halla la desdicha mía?
 Que, aunque desobligada
 Para con él de la palabra dada
 Estoy, no habrá sin gusto
 Ninguna cosa que me venga al justo.
 Si no me caso con el Rey, es cierto
 Que don Juan será muerto,
 Con que pierdo la vida,
 Que está pendiente y de la suya asida,
 Porque tenerla en ella
 Al punto que le quise fué mi estrella.
 Si el honor me debiera,

Yo la homicida de mí misma fuera.
 Mas ni una sola mano
 Pudo alcanzar ufano;
 Que á mi recato honesto
 El tiempo de seis años se hizo presto
 Para que sus amores
 Alcanzasen de mí tales favores;
 Que es muy necia la que antes de himeneo
 Cumple al hombre su antojo ó su deseo,
 Porque después, en posesión de esposo,
 De su lealtad viene á vivir dudoso,
 Presumiendo muy loco y arrogante
 Que los que á él se le hicieron siendo amante
 Gozará otro en dulcísimos despojos,
 Con que siempre es un Argos de sus ojos;
 Y por eso advertida,
 Cuanto á querer rendida,
 En tiempo dilatado
 Mi limpio honor guardé sin ser manchado.
 Pero mi suerte avara
 Impedir quiso el bien de amor tan cierto
 Poniendo en mí los ojos Filiberto;
 Con que en seis años no ha tenido logro
 La dicha que por él tanto malogro.
 Y agora ¡fiero hado!
 No hay duda de esperar: don Juan, casado,
 Me deja sola, triste y olvidada,
 Y más que el primer día enamorada,
 Entre ahogos crueles
 Que á mi garganta aprietan los cordeles.
 El temor de su muerte
 Entre tantos contrarios es más fuerte.
 ¿Qué haré? Que estoy dudosa,
 Sin que pueda cuadrarme alguna cosa
 Que traiga mi remedio;
 Pues poner tierra en medio
 No es á mi estado honesto conveniente,
 Ni tampoco que intente,
 Que es bárbara locura,
 El darme con mis manos muerte dura.
 Mas, pues falta del cielo
 Remedio, al tribunal de amor apelo;
 Él me le dé, pues es mi resistencia
 La más rara firmeza en el ausencia.

(Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Sale un alarde de soldados, que vayan pasando por su orden con caja y bandera, y detrás DON JUAN con su bastón, y TRISTÁN con jineta de capitán, á lo gracioso.

D. JUAN. Marchen todos con buen orden.

SOLD. 1.º En todo obedeceremos
Tu mandato, pues sabemos
El mal que trae la desorden.

SOLD. 2.º Después de tantas victorias,
No has de qué tener temor.

D. JUAN. Por el descuido menor
Se pierden mayores glorias.
Alargue el paso la gente.

TRIST. ¡Ea, á caminar soldados!

Acaban de pasar, y quedan solos D. JUAN y TRISTÁN.

D. JUAN. ¡Que han de tener mis cuidados
Fin, Tristán, tan brevemente!

TRIST. Nada puedo asegurar.....

D. JUAN. Si no son desdichas mías.
Dentro de dos ó tres días
En Nápoles he de entrar.

TRIST. Yo entrara de mejor gana
En un pernil de tocino,
Con dos azumbres de vino
Y un pan por cada mañana,
Que á ver la Reina Ginebra
ni del Preste Juan las bodas
Con el coloso de Rodas,
Que tanto el mundo celebra.
¡Lleve el diablo la jineta!
Más hambre tengo que un galgo,
Ni que un escudero hidalgo
Que pretenda ser poeta.

D. JUAN. Ya se va llegando el fin
De los trabajos pasados
Con que seremos premiados.

TRIST. Flaco estoy como un rocín.

D. JUAN. No sé cómo vuelvo vivo,
Ni en año y medio de ausencia
He sufrido con paciencia
El mal de no verla esquivo.
¡Si conservará el amor
Que me tiene prometido,
Y con él habrá vencido
Tan fuerte competidor
Como el Rey! Estoy dudoso,
Que aunque Carlos me asegura,
Por cartas de mi ventura,
Soy yo tan poco dichoso,

Que temo con gran razón.

TRIST. Ella sería harto necia
Si por ti, como Lucrecia,
Se mata en cualquier ocasión
Que el Rey podría tener
Siempre dentro de palacio.

D. JUAN. Vete, necio, más despacio,
Ó aquí mi muerte has de ver.

TRIST. Eso solamente ha sido
Hablar de burla, señor,
Que de Armesinda el valor
Bien le tengo conocido.

D. JUAN. Da prisa á la retaguardia.

TRIST. A punto todos están.

D. JUAN. Pues caminemos, Tristán,
Que se aleja la vanguardia.

TRIST. El sol sus rayos inclina,
Escondiendo la luz pura.

D. JUAN. ¡Todo será noche oscura
Hasta ver mi luz divina!

Tornen á tocar las cajas, y éntrense por una
y salgan por la otra.

El Rey, con una carta, y D. CARLOS.

REY. Hoy esta carta he tenido,
Carlos, de don Juan dichoso,
En que dice ha concluido
Las guerras, y victorioso
A Nápoles se ha partido;
Y que en toda esta semana
Llegará, para mi daño.
Con que mi suerte inhumana
Ha de frustrar el engaño,
Saliendo su industria vana.
Y así, será lo mejor
Darla tú á entender su muerte,
Porque no se pase en flor
El tiempo, que desta suerte
Se rendirá su vigor;
Pues las cartas que la escribe,
Tan buena maña me he dado,
Que ella ninguna recibe.
¡Mira cuál es mi cuidado,
Que de hacer engaños vive!
Yo no puedo sosegar
En tanta contradicción.

D. CAR. Bien, mas has de reparar;
Que, según es su afición,
La puede el dolor matar.

REY. No hará, que en fin es mujer.

D. CAR. Quien ser reina tiene en poco,

REY. Siendo de tan flaco sér,
No se rendirá tampoco.
Esto, Carlos, ha de ser.
Amor se ha vuelto porfia.
Yo la tengo de gozar.
Basta ser empresa mía
Para acabar de intentar
Derritir nieve tan fría.

D. CAR. Mira lo que te ha servido
En tanto tiempo don Juan.

REY. Ya lo tengo bien sabido.

D. CAR. ¿Y lo que de ti dirán?

REY. ¿Qué importa, si estoy perdido?
Y así, será ya excusado
El consejo que me dieres.

D. CAR. Es á ley de buen criado;
Mas, señor, pues no le quieres,
No seré en esto cansado.

REY. Lo que importa es la presteza,
Antes que pueda llegar
Don Juan.

D. CAR. Dice bien Su Alteza.
¡Quién la pudiera avisar! (Aparte.)

REY. Porque quiebre su entereza,
A verla voy. Ven conmigo.
Hablaré antes á mi hermana.

D. CAR. A cumplir la ley de amigo (Aparte.)
Contra afición tan tirana
Voy.

REY. ¿No vienes?

D. CAR. Ya te sigo.
Vanse.

Salen ARMESINDA y LEONOR.

ARMES. Sin duda está concluido
Lo que Carlos me ha contado.

LEONOR. Bien puede haberse engañado.

ARMES. Desengáñame su olvido.
¿Qué puede la causa ser
De no me escribir, Leonor,
Ni agradecer tanto amor,
Sino amar otra mujer?
Que si alguno me tuviera,
Hiciera finezas locas;
Mas las que hace son tan pocas,
Que aun no he visto la primera.
Escribiérame quejoso
De aquesta crúel ausencia,
Mostrara menos paciencia
Y pintárase celoso.
Año y medio há que se fué,

Y no he visto letra suya
Que de su firmeza arguya
Correspondencia á mi fe;
Cuando yo, siendo mujer,
Desmintiendo mi flaqueza,
Resisto á tanta grandeza
Y burlo tanto poder.
Y, en fin, tan mal ha pagado
Mi fe ¡ay, cielos! su mudanza,
Que, burlando mi esperanza,
Con Clavela se ha casado.
No hay en los hombres verdad.
Miente, Leonor, quien dijere
Que á la mujer se prefiere
En firmeza y en lealtad.
Pretende el galán la dama
Que le ha parecido bien,
Y conquista su desdén
Bien á costa de su fama.
Paséala un mes la calle
En el caballo brioso,
Con ostentación de airoso,
Haciendo alarde del talle:
De noche, las rejas mira,
Con músicas la enamora,
Y á sus umbrales la aurora
Le halla cuando rayos tira.
Ella, incauta y obligada
Del amante cauteloso,
Le hace dueño venturoso
De la prenda más preciada;
Y apenas, pues, ha gozado
Aquello que pretendía,
Cuando porque es otro día
Vió que la calle ha pasado
Otro, y que por cortesía,
Leonor, la quitó el sombrero,
Por encubrir su grosero
Término y bellaquería,
Dice que quien se rindió
Tan presto á su amor primero,
Que aquél no será el postrero,
Pues á muchos puerta abrió.
Y fundando sobre nada
Su maldad y injusta queja,
Se va á otra parte, y la deja
Para siempre deshonorada.
Como te pinto es el hombre.

LEONOR. Bien, mas no corre por ti
Ese discurso.

- ARMES. Es así,
Que nunca ofendí mi nombre;
Y á haberme don Juan gozado,
Disculpa alguna tenfa.
Mas todo es desdicha mía.
- LEONOR. ¡Qué amor tan mal empleado!
Extraña, por cierto, estás.
¡Mira que es injusta ley
Despreciar marido rey
Que te adora!
- ARMES. ¿En eso das?
No lo trates por tus ojos,
Porque no me he de rendir
De nuevo, para sufrir
Tantos pesares y enojos.
Sueño me da. Estoy cansada.
Llégame esa silla aquí,
Llega LEONOR una silla.
Que esta noche no dormí
De cuidados desvelada;
Que me inquietan mil desvelos.
- LEONOR. Pues yo te quiero dejar,
Porque puedas reposar.
Siéntase, y vase LEONOR.
- ARMES. Harto hará quien tiene celos.
El alma su rigor siente
Cuando amante, temerosa,
De la deslealtad quejosa
De aquel mi enemigo ausente.
¡Mas dejad, ojos cansados,
Que sosiegue el corazón
Con el sueño, que es razón
Dar tregua á tantos cuidados!
Duérmese, y salen el REY y LEONOR.
- LEONOR. Yo entiendo que se ha dormido.
Espéreme Vuestra Alteza:
Llamaréla.
- REY. ¡Qué belleza
Que muestra en tanto descuido!
No la despiertes, Leonor;
Déjame, que quiero hablarla.
- LEONOR. ¿Durmiendo?
- REY. Sí, y preguntarla
Si agradece ya mi amor.
- LEONOR. Pues yo me retiro allí.
Vase LEONOR, Sale D. CARLOS al paño.
- D. CAR. Siguiendo al Rey he venido.
La obligación me ha traído
De mi amistad. Desde aquí
Podré mejor escuchar

Qué dice el Rey.

Ha estado divertido el REY.

- REY. ¿Quién vió agora
El sol, si duerme el aurora,
Que es quien luz le puede dar?
Mas ya miro que, parado,
Suspende su movimiento,
A tanta hermosura atento
Y en tal beldad elevado.
¿No me oís, desdén cruel?
Sois de nieve á tanto fuego,
Pues nunca os toco, aunque llego,
Que soy rayo, y vos laurel.
¡Apiadaos de un Rey rendido,
Angel en humano velo!
Mirad que se ofende el cielo
De rigor tan conocido
A mi bien.
Habla ARMESINDA entre sueños.
- ARMES. Pretende en vano,
Que siempre soy la que fui.
No temas, don Juan, de mí
Que me venza este tirano.
- REY. Entre sueños habla. ¡Ah, cielos!
Más cerca quiero llegar,
Y lo que dice escuchar.
- ARMES. No te enojen del Rey celos.
- REY. ¿Esto habla con don Juan?
Mas mi poder y grandeza
Rendirán tanta aspereza
Y desamor.
- ARMES. No podrán.
- REY. ¿No podrán? ¡Extraño caso!
Mas ¿qué dudo, si es mujer
Que olvide?
- ARMES. No puede ser.
- REY. ¡Hay tal cosa! Yo me abraso.
- D. CAR. ¡Aun en sueños le desprecia! (Aparte.)
No va muy malo hasta aquí.
- REY. Mira que muero por ti:
Quiéreme.
- ARMES. No soy tan necia
Que no estime en más tu amor
Que cuanto el Rey puede darme.
- REY. Todo esto es desengañarme.
Ya ¿qué espero?
- ARMES. Ni un favor
De mí ha podido alcanzar.
- REY. A fe que habla bien de veras,
Aunque parecen quimeras.

ARMES. Tú sólo me has de gozar.

REY. ¿Qué escucho?

ARMES. Que por ti muero.

REY. ¡Ay, bellísima homicida!
Pues aun estando dormida
Pagáis tan mal lo que os quiero,
Pues me ofrece la ocasión
El cabello, llegaré
Y su mano besaré.

Antes que llegue á ella, salga D. CARLOS de donde estaba, fingiéndose muy alborotado.

D. CAR. ¡Hay tan grande confusión,
Señor!

REY. ¿Qué es eso que ha habido?

D. CAR. ¡Oh, qué descuidado estás!

REY. Pues ¿qué hay de nuevo?

D. CAR. No más

De que por cierto he sabido
Que está para entrar don Juan
En Nápoles.

REY. ¡Qué desdicha!

D. CAR. Y ha de impedirte la dicha
Que estos engaños tendrán.
Abrevia el darla á entender
Antes que llegue su muerte,
Pues vencerás desta suerte
El desdén de esta mujer;
Que yo no quise aguardar,
Supuesto que ya ha llegado,
Al tiempo por ti ordenado,
Sino venir á avisar.

REY. El mayor servicio ha sido
Que he recibido de ti.

D. CAR. Mi obligación cumplo así.
¡Qué bien su gusto he impedido! (Ap.)

REY. Pues ponte detrás del paño,
Que la quiero despertar
Para que podamos dar
Principio y fin al engaño.
Yo me esconderé contigo.

D. CAR. Mi industria salió valiente, (Aparte.)
Y cumplí famosamente
Con la ley de buen amigo.

Tira el REY de la manga á ARMESINDA, y esconde con D. CARLOS.

REY. Yo me escondo.

Despierta,

ARMES. ¡Dulce sueño!
¡Qué corto me ha parecido
El rato que me ha tenido

Los sentidos en empeño!

Con mi ingrato me soñaba

Como si fuera verdad,

Y de mi mucha lealtad

Satisfacciones le daba.

«Que te quiere el Rey, es llano»,

Me dijo; y yo respondí:

«Siempre he de ser la que fuí:

No temas; pretende en vano.»

Replicó: «¡Viven los cielos,

Que padezco mil enojos.»

Yo le dije: «¡Por tus ojos,

No te enojen del Rey celos!»

«Pues ¿cómo me dejarán,

Si vencerán tu firmeza,

Poder, grandeza y riqueza?»

Respondíle: «No podrán.»

Prosiguió: «Siendo mujer,

Es cierto te rendirás

Y mi amor olvidarás.»

Yo dije: «No puede ser,

Que, aunque por mujer me precia

Y su reino puede darme,

De mí fé no he de mudarme,

Que no soy, don Juan, tan necia.

Pues no ha podido alcanzar

De mí ni un solo favor,

No haga caso de su amor;

Tú solo me has de gozar.»

Y cuando alegre llegaba

Á darle tiernos abrazos,

Los dulces y alegres lazos

Soñé que el Rey me estorbaba;

Que con nunca visto ceño,

Airado á mí se llegó

Y del brazo me tiró.

Desperté. ¡Qué extraño sueño!

¡Ay, si verdadero fuera

Qué dichosa me juzgara,

Pues nada me fatigara

Como en sus brazos me viera!

Pero bien puede ser cierto

Haberle visto dormida

Si es alma de aquesta vida.

Salga D. CARLOS fingiéndose muy triste, y diga, sin mirarla, quedándose el REY escuchando:

D. CAR. ¡Todo es aire, todo incierto
Cuanto el mundo trae consigo!
Bien la ocasión lo ha mostrado,
Pues ya veo malogrado

Del alma el mayor amigo.

Levántase ARMESINDA.

¡Ay, don Juan!

ARMES. Carlos, ¿qué es eso?

D. CAR. ¡Ah, fiera enemiga Parca!

ARMES. Dime, por Dios, lo que tienes,
Que ya se alborota el alma.

D. CAR. No me mandes que lo diga,
Pues será doblar mis ansias
Y á ti quitarte la vida.

ARMES. Con eso lo has dicho. Basta;
Ya es muerto don Juan, sin duda.

D. CAR. ¡Qué confusión tan extraña!

ARMES. ¡El corazón se me parte!

D. CAR. ¡Oh, quién la desengañara! *(Aparte.)*
Mas el Rey está á la mira
Escuchando lo que pasa.

ARMES. ¿Para qué, sin don Juan, quiero
Vida tan triste y amarga?

D. CAR. Y yo, ¿para qué la estimo
Sin quien á mí me la daba?

ARMES. ¿Es cierto, Carlos, es cierto
Que aquella furia tirana
Del Rey ha podido tanto,
Que le dió la muerte? ¡Ay, ansias!

D. CAR. No le mató el Rey, señora.

ARMES. ¡Á muy buen tiempo me engañas!
Pues ¿quién se la pudo dar?

D. CAR. Disparáronle una bala
Los enemigos franceses
En la postrera batalla.

ARMES. Si eso es cierto, ya no más.
Aquí para mí se acaba
Todo gusto. Adiós, don Carlos;
Adiós, mundo, que me llama
Mejor vida en mis desdichas.

*Vase á entrar, y sálenla al paso el REY, la INFANTA
y LEONOR, que la detienen.*

REY. Detente.

ARMES. ¡Eso me faltaba!

INFANT. Dime: ¿estás loca, Armesinda?

ARMES. Oye, bellísima Infanta,
Y tú, señor soberano,
Mi intento en breves palabras:
Ya sabéis los dos quién soy,
La nobleza de mi casa,
Que con el cielo compite,
Y el lustre que la acompaña.
Desde mis primeros años,
De padres desamparada,

Vine, señor, á Palacio
Para servir á tu hermana.
Aficionóse don Juan
De mí con fineza tanta,
Que, creyendo sus engaños,
Rendida, á su amor di entrada.
Es don Juan del de Gayazo
El hijo heredero, y basta
Para amarle su nobleza,
Que á los cielos se levanta.
Seis años le quise firme,
Siendo igualmente pagada,
Sin que este amor se extendiese
Á más que honestas palabras,
Hasta que un necio favor,
De todos mis males causa,
Te movió á que le ausentases
Á la guerra del de Francia.
Fuése; y como es en el hombre
Tan natural la mudanza,
Se casó, y en breves días
Me olvidó. ¡Quién tal pensara!
Propuse en mí desde entonces,
Del mundo desengañada,
No admitir segundo empleo
Y olvidar sus pompas vanas;
Mas tú, señor, no cansado
De mi resistencia honrada,
Amante me lo impediste
Con mil ruegos y amenazas.
Vime de ti combatida,
De don Juan desobligada;
Por una parte tu amor,
Y por otra mi venganza;
Venció aquel como constante.
¿Á quién no admira y espanta
Que luego no la tomase,
Y más viéndome agraviada?
Que es amor tan poderoso
Cuando al principio se arraiga
En el pecho, que ninguna
Ofensa á matarle basta.
Procuré animarme en vano
Á dar lugar en el alma,
Por vengarme, á tu grandeza;
Mas como el gusto faltaba,
Ni promesas de ser reina,
Ni ruegos de Celidaura,
Ni razones de don Carlos,
Ni ofensas tan declaradas,

Ni el hallarme aborrecida
Y tan sola y desdichada,
Bastó á mi constante pecho
Para que hiciese mudanza.
Y esto, no porque creyese,
Pues fuera necia esperanza,
Que don Juan estimaría
Tanto amor, firmeza tanta,
Sino que no pude más
Con mi presunción gallarda,
Rendida al que fué primero.
Mas ya que la dura Parca
Ha querido que don Juan
Muera, ¡aquí el alma se arranca!
Y yo quedé con la vida,
Señor, á tus pies postrada
Humildemente te pido
Perdones el serte ingrata,

De rodillas.

Y des licencia que pueda,
De la corte retirada,
Acabar en un convento
Las penas que aquí me acaban.
No me lo niegues, te ruego,
Pues quedaré así obligada
Para encomendar al cielo
Los aumentos de tu casa.
Muévante, señor invicto,
Las lágrimas que derraman
Mis ojos, que, vueltos fuentes,
Á formar un mar bastaran,
Pues cesarán desta suerte
Los enojos, penas y ansias,
Las memorias, los agravios,
Las desdichas, las desgracias,
La ingratitud, las ofensas,
Que me atormentan y matan
Por puntos; mas ya la voz
El dolor intenso ataja,
Sin dejarme proseguir,
Con un nudo á la garganta
Que los crueles ahogos
Impiden á mis palabras.
¡Ó has de hacer lo que te pido,
Ó matarme con tu espada!

Levántase con el lienzo á los ojos.

REY. ¿Hay semejante mujer? *(Aparte.)*

Callen griegas y romanas.

INFANT. Por demás es porfiar. *(Aparte.)*

D. CAR. ¡Qué firmeza tan extraña! *(Aparte.)*

¡Dichoso don Juan mil veces!

LEONOR. Todos, admirados, callan.

ARMES. Hazme esta merced tan grande.

REY. ¿Qué haré en confusiones tantas? *(Ap.)*

Pues, más amante y perdido,

Ninguna cosa me cuadra

Sino proseguir mi intento.

ARMES. ¿No respondes? ¿En qué tardas?

REY. Mis brazos son la respuesta.

Llégase á ella.

Mi esposa has de ser.

ARMES. *Aparta,*

Señor; mira que es injuria

De tu grandeza bizarra.

INFANT. Deja, hermano, de cansarte,

Pues ya lo pasado basta.

ARMES. ¡Qué lance tan apretado! *(Aparte.)*

REY. Dame aquesa mano, acaba,

O tomaréla por fuerza.

ARMES. Daréme mil puñaladas

Antes que este intento mude.

D. CAR. Escucha, que suenan cajas.

Suenan cajas, y sale LEONOR corriendo.

LEON. ¡Albricias, señor!

REY. *Leonelo,*

¿De qué?

LEONOR. De que agora acaba
De entrar don Juan victorioso.

REY. ¡Qué nuevas, cielos, tan malas! *(Aparte.)*

ARMES. ¡Don Juan! ¿Cómo puede ser?

LEON. Ya entra, bizarro, en la sala.

Tomen á tocar un clarín, y salgan los más soldados que puedan, muy galanes, y TRISTÁN; y detrás D. JUAN, con su bastón, muy bizarro, llegue al REY y hínquese de rodillas.

ARMES. ¿Qué es esto que ven mis ojos?

¿Es visión imaginaria?

D. JUAN. Déme los pies Vuestra Alteza.

REY. Levanta, don Juan, levanta,

Que bien mereces mis brazos.

¿Vienes bueno?

D. JUAN. *Lo que basta*

Para servirte, señor,

Como siempre.

REY. *Habla á mi hermana.*

D. JUAN. Aquí tenéis vuestro esclavo, *(A ella.)*

Bellísima Celidaura.

INFANT. La gloria de tus victorias

Hasta los cielos te ensalza.

ARMES. ¿Hay tal confusión, Leonor?

LEONOR. Disimula, sufre y calla.

D. JUAN. Escucha, invicto señor,
Sabrás todo lo que pasa
Y lo que dejo asentado.

REY. Será conforme esperaba
De tu valor. ¡Que viniese (Aparte.)
A tal punto! ¡Suerte airada!

D. JUAN. Generoso Filiberto,
Rey de Nápoles heroico,
A quien el cielo prospere
Largos siglos y dichosos:
Por mandato de tu Alteza,
Contra el Francés orgulloso
Salté á reprimir la furia
Con que, rindiéndolo todo,
Casi por fuerza quería
Gozar el supremo solio
Del reino que, dignamente,
En ti tiene el mejor logro.
Llegué cerca de su campo
Con el tuyo belicoso
A la ciudad de Salerno
Una tarde, cuando Apolo,
Trocando sus arreboles
En encendidos y rojos,
Por el Poniente pasaba
El plaustro, luciente de oro,
A la región donde el día
Nace cuando acaban otros.
Tuve, para entrar en ella,
Con los franceses bisoños
Algunas escaramuzas
En un paso peligroso;
Mas, esforzando la gente,
Les dimos tal carga todos,
Que en Salerno, á su pesar,
Entramos con el socorro.
Era el Mariscal de Anvila
General, llamado Astolfo,
De todo el campo francés,
Y en la guerra valeroso,
Que, no desmayando entonces,
Acometió por mil modos
Y ardides ganar la entrada;
Pero valiéronle poco,
Porque aunque escaló dos veces,
Confiado y animoso,
Los muros, les defendimos
Dar el asalto, de modo
Que les fué fuerza dejarle,
Y rebatidos al foso,

De tal manera caían
Los que, por más animosos
A subir se adelantaron,
Ignorando su destrozo,
Que como espeso granizo
Cayendo unos sobre otros,
Tan gran monte levantaron,
Que pudiera tener logro
La pretensión que les trujo
Al suceso lastimoso,
Intentando desde encima
Volver á asaltar briosos
El muro, á quien igualaba
El de los muertos en torno,
Que pasaron de seis mil;
Con que el Mariscal, dudoso,
Por no aventurar el resto,
Viendo tan grandes estorbos,
Levantó el cerco; y apenas
Tendió la noche su toldo,
Cuando con toda la gente
Caminando presuroso,
Dió de repente en Amalfi,
Y allí, fingiendo, industrioso,
Que era gente tuya, entró
La ciudad sin alboroto,
Donde, matando las guardas,
Con muchas muertes y robos,
Y con prisión de los nobles,
Se apoderaron de todo.
Quiso mi suerte dichosa,
Y quiso el cielo piadoso,
Que antes del alba saliese
A recorrer el contorno,
Y viendo la fuga, al punto,
De algún daño temeroso,
Dejando grueso presidio
Dentro en Salerno, de un soplo
Nos pusimos en camino
En su alcance; mas á pocos
Pasos me llegó la nueva
Del suceso riguroso
Y de la toma de Amalfi;
Con que siguiendo furioso
El camino comenzado,
Tan apriesa llevo y rompo
La defensa de los muros,
Que como rayos fogosos
Asaltando á sus soldados,
Bien ayudados del plomo,

Retiraron los franceses;
 Y ya, menos presuntuosos,
 A pedir partido enviaron,
 Que piadoso les otorgo,
 Con que saliesen sin armas;
 Y aceptado deste modo,
 Quedó la ciudad segura
 De peligro tan notorio.
 Pasando de allí á Venosa,
 A Pocodinare topo,
 Capitán bien conocido,
 Con ejército copioso.
 Quiso excusar el encuentro,
 Mas viendo que era forzoso,
 Se aparejó á la batalla;
 Y al mismo punto nosotros,
 Aunque éramos inferiores
 En el número y en todo,
 Acometimos valientes,
 Sin huir al golpe el rostro;
 Y cuando ya de vencida
 Ibamos, por ser tan pocos,
 Ordenó la buena suerte
 Que los franceses, que rojos,
 Por mí de Amalfi salieron
 Con el partido afrentoso,
 Asomaron, aunque lejos.
 Yo entonces, que reconozco
 Nuestro cercano peligro,
 De un ardid maravilloso
 Me valí para vencerlos,
 Y dando voces, me pongo
 A decirles: «¡Ea, amigos,
 Que ya nos viene el socorro!
 ¡Mueran los franceses! ¡Mueran!»
 Ellos entonces, medrosos,
 Creyendo que era verdad,
 Por ver la gente en mi abono,
 Se pusieron en huida
 Por montes, valles y sotos,
 Sin bastar á detenerlos
 Su capitán animoso,
 Que escapó, por gran ventura,
 Con una herida en el hombro.
 Con esta insigne victoria,
 Que echó su soberbia á fondo,
 Quedaron tan oprimidos,
 Desanimados y flojos,
 Que las fuerzas que tenían
 Ganadas en tiempo corto,

De toda Basilicata,
 A tu obediencia las postro.
 Pasé desde allí á Barleta,
 Donde hice en breve lo propio;
 Y cuando ya parecía
 Que estaba acabado todo,
 Llegó el de Francia en persona
 A veñgar tantos oprobios
 De su gente, con la flor
 De los franceses más mozos.
 Junté la gente que pude,
 Y aunque no era poderoso
 Mi ejército contra el suyo,
 A resistirle me opongo.
 Junto al río Garellano,
 Lugar para mí dichoso,
 Que quiso pasar por puentes,
 Cuya intención le interrompo,
 Tuve la postrer batalla;
 Tan sangrienta, y tan dudoso
 Su fin, que fué maravilla
 Vencer el impetuoso
 Valor de tantos franceses
 Con ejército tan corto,
 La enemistad y la ira.
 Fué tan grande, y espantoso
 El número de los muertos,
 Que corriendo mil arroyos
 De la sangre humana, el río
 Parecía de ella un golfo,
 Y la infinidad de cuerpos,
 De monte asolado troncos.
 En fin, tal carga les dimos,
 Que, aunque bramaba de enojo
 El Rey contra sus soldados,
 Su autoridad valió poco,
 Pues huyeron de los tuyos,
 Que, como sangrientos lobos
 Entre manadas de ovejas,
 Discurrían, siendo monstruos
 De nunca visto valor,
 Hasta que el velo lustroso
 Del día se retiró,
 Y parece que de asombro
 Del horrendo sacrificio.
 Mi gente, entonces, recojo
 Á descansar del alcance,
 Que, cargados de despojos,
 Ricos y alegres gozaban
 De sus trabajos el colmo.

Aquella noche me vino
Con una embajada Astolfo,
Pidiendo paz el de Francia,
Con este partido honroso:
Que la Infanta, mi señora,
Sea de las lises de oro,
Y que él te dará á su hermana,
Madama Blanca, en retorno,
Cuya belleza verás
En este retrato hermoso,

Da al Rey un retrato, y él le mira atento.

Breve copia de sus gracias,
Tan dignas de tal esposo.
Esto es, señor, lo que pasa;
Aunque, guardando el decoro
A tu elección, no he dejado
Confirmado ni uno ni otro.
Mis servicios son aquéstos,
Si bien se me hiciera poco
Por servirte, como á Francia
Humillar del mundo el globo.

REY. Otra vez te doy mis brazos,
Abrázale.

¡Oh capitán valeroso!

D. JUAN. Ellos son el mayor premio.

REY. Pide mercedes, que pongo
A los cielos por testigos,
Que si gozara el tesoro
De Midas, te le rindiera.

D. JUAN. Los mayores antepongo
Porque me des á Armesinda,
En cuya beldad adoro.

REY. Hoy aumento mis victorias (Aparte.)
Con ganar la de mí propio,
Que esto es ser rey y cumplir
Con el título que gozo,
Y por premiar un vasallo,
Matar mi fuego amoroso,
Pues la hermosura de Blanca
Tan presto me ha vuelto en otro
Del que antes era. Armesinda,
Da á don Juan la mano.

ARMES. ¿Cómo,
Señor, viniendo casado?
Es á Clavela alevoso.

D. JUAN. ¿Yo casado, prenda mía?

D. CAR. Cesen ya tantos enojos
Y penas, bella Armesinda,
Con saber que ha sido todo
Probar la rara firmeza

De quien ejemplo glorioso
Ha sido. Perdón te pido.

ARMES. Con mil gustos te perdono,
Y doy á don Juan la mano.

D. JUAN. Tu esclavo soy y tu esposo.
Danse las manos.

REY. Doyte en merced cuatro villas,
Y á Armesinda hermosa doto
En trecientos mil ducados.

INFANT. Pues yo de mi parte pongo
Otros seis mil para galas.

D. JUAN. ¡Viváis años venturosos!

REY. Pregónese paz con Francia,
Y para mis desposorios
Con Blanca se ordenen fiestas.

TRISTÁN. ¿Vióse cuento más donoso?
Nadie trata de Tristán,
Y ¡vive Dios, que yo solo
He muerto más enemigos
Que un boticario tramposo,
Ni que un médico moderno!
Mas yo me iré á matar moros,
Que aquí no se premian buenos.

Hace que se va.

D. JUAN. Vuelve, Tristán; ¿estás loco?

REY. Yo le daré una alcaidía,
Y con más espacio á todos
Premiaré como merecen.

TRISTÁN. Pues con Leonor me rebozo
Y abrenuncio la jineta.

LEONOR. Tu esposa, Tristán, me nombro.
Danse las manos.

D. JUAN. Y aquí se acaba, senado,
Perdonad mi estilo tosco,
La firmeza en el ausencia,
Cuyos yerros son notorios.

FIN DE LA COMEDIA.

787.—Á la muerte acelerada de la Reyna
nuestra señora Doña María Luisa de Bor-
bon (que goza de Dios).

Soneto.

La flor de Francia, Lis que á nuestra Es-
[pañá.....

*Numerozo desengaño de la vida, breve di-
seño de la muerte de la Reyna N. S. D.^a Luisa
Maria de Borbon, colegido el dia XXII de*

Marzo, que con Augusto sentimiento, y Real demonstracion celebró su Exequias, en el Monasterio de la Encarnacion, el Rey N. S. D. Carlos II. de Austria, Monarca de dos Mundos, Que ofrece al Excelentissimo Señor Condestable de Castilla, Don Gaspar Agustin de Lara.

Impreso sin lugar ni año.—12 hojas en 4.º

Reprodujose dicho soneto en los siguientes opúsculos:

Poema funebre a la temprana muerte de la Reyna nuestra Señora Doña Maria Luisa de Borbon (que goza de Dios); Dedicase al Excelentissimo Señor Don Joseph Manrique de Lara, Conde de las Amayuelas, Gentil-Hombre de Su Magestad, y Capitan de la Armada Real del Oceano, por D. Antonio Bartolomé de Benavides Ossorio Enriquez y Guerrero.

Impreso sin lugar ni año.—Cuatro hojas en 4.º

Diálogo que tuvieron la alegría y la tristeza, el dia veinte y tres de Marzo, en cuyo término se celebraron las honras de la Reyna Nuestra Señora, Doña Maria Luisa de Borbon (que goza de Dios). Dedicale al Señor Don Joseph de Cáceres Pacheco, Conde de Montaluo, Gentilhombre de Boca de Su Magestad, &c. Don Iacinto Antonio de Fuentes y Padilla, menor Criado de Su Señoria.

Impreso sin lugar ni año.—Ocho hojas en 4.º

788.—Soneto á la muerte de Doña Isabel de Borbon.

Este grandioso túmulo erigido,
Fúnebre pompa de cristiano afecto.....

Pompa funeral, Honras y Exequias en la muerte de la muy alta y Católica Señora Doña Isabel de Borbon, Reyna de las Españas y del Nuevo Mundo, que se celebraron

en el Real convento de San Geronimo de la villa de Madrid. Mandadas publicar por el Conde de Castrillo..... que por orden particular de Su Magestad (que Dios guarde) acudio y assistio á su disposicion y execucion.—Con licencia. En Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. 1645.

789.—Poesías líricas.

El manuscrito que las contiene se conserva en la Biblioteca Nacional con la signatura M. 307; es de varias letras de los siglos xvi y xvii; se comenzó á escribir en el año 1592. Consta de 278 páginas en 4.º, más cuatro hojas de índice al principio; las páginas 1 á 167 contienen varios romances anónimos y otros de Juan de Salinas, Góngora, Lope de Vega y Liñán de Rianza (1); dos romances sobre D. Alvaro de Luna son copia autógrafa de D.ª Leonor de la Cueva y Silva; en la pág. 168 comienzan las poesías de D. Francisco de la Cueva, con las cuales está el célebre soneto de Cervantes á las exequias de Felipe II en Sevilla; en la pág. 188 empiezan los versos de D.ª Leonor de la Cueva, que son todos autógrafos; las páginas 276 y 277 contienen unas décimas anónimas en loor de esta poetisa.

Publicamos varias de las poesías que hay en este manuscrito.

I

Introduce un pretendiente desesperado de salir con su pretensión, que con el favor de un poderoso la consiguió muy presto.

Soneto.

Sin esperanza en su tormenta esquiva
Un navegante por el mar perdido,

(1) Publiqué algunos de ellos en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* de este año de 1901, páginas 320 á 334.

De mil olas furiosas combatido,
Rota la nave, al agua se derriba;
Y aunque su furia de el sentir le priva,
Se anima contra el mar embravecido
Y sale al puerto de una tabla asido,
Muerta su pena ya, su gloria viva.

¡Ay, débil pretensión, que ansina eres
Navegante en un mar de mil temores!
Rota la nave, muerta la esperanza,
Al agua de el olvido echarte quieres,
Donde, asiendo la tabla de favores,
Sales triunfante al puerto de bonanza.

II

Soneto á el miserable estado y desdichas
de Medina.

Quiéroos pintar el miserable estado
En que Medina está, Gerardo amigo;
Yo, que de sus desgracias soy testigo,
Puedo contar mejor á qué ha llegado.
Ya sus juegos y fiestas se han dejado,
Sus damas acabó el tiempo enemigo,
Y aun rastro de su gala no ha quedado;
No hay caballos, no hay fiestas, no hay ca-

[rreras,
No hay contento, no hay gusto ni alegría;
Todo es penas, trabajos, males, muertes;
No se celebran ya las primaveras,
Disminúyese todo cada día.

¡Oh, triste villa entre contrarios fuertes,
Que hacen en ti mil suertes
El tiempo vario y la cruel fortuna,
Pues no tienes en ti buena ninguna!

III

Soneto.

Ya ha salido el invierno: ¡albricias, flores,
Árboles, fuentes, prados y arroyuelos,
Que de el rigor de sus helados velos
Os saca el Mayo derramando amores!

Ya os cantan dulcemente ruiseñores
Llenos de gusto y libres de desvelos,
Y liberales los impíreos cielos
Os dan la variedad de mil colores;

Ya compone los bellos cuadros Flora,
Desafiando el arte á la natura,
A quien vence la hermosa jardinera

Que por la vista alegre y enamora,
El alma suspendiendo en la hermosura
De la verde y galante primavera.

IV

Liras á la hermosura y variedad de flores
de la primavera.

Plantas bellas y hermosas
Resucitadas de el Abril ufano
Que anuncia vuestras rosas,
Sacándoos del rigor tan inhumano
De el cano invierno helado
A ser gallarda ostentación de el prado;
Jacintos que primicias
Sois, y violetas, de las otras flores,
Que parece que albricias
Pedís al mundo, provocando amores
De que ya el Mayo hermoso
Se le acerca con paso presuroso;
Dorados alelís
Bellos, blancos narcisos y mosquetas,
Rosas, sí, carmesíes,
De la purpúrea sangre más perfetas
De la Ericina diosa,
Que su color os dió su planta undosa;
Olorosos junquillos,
Poblada madreSelva, jazmín blanco,
De los montes tomillos,
Fragante azahar, en quien el cielo franco
Mostró con mil primores
Más divino poder en tus olores;
Campanillas moradas,
Casta azucena y trébol oloroso,
Manutisas rosadas,
Azul espuela, toronjil hojoso,
Encarnados claveles,
Menuda albaca y verdes mirabeles;
Rajadas clavellinas,
Lirio que haces gallardos tornasoles,
Gigantas que divinas
Os mostráis, pues seguís los arrebbles
De Cintio celestiales,
Que su rosa os llamamos los mortales;
Árboles de mil nombres
Que viste Abril de flor y Mayo de hoja,
Regalo de los hombres,
A quien Noviembre robador despoja
El galano vestido,

De verdes esmeraldas guarnecido;
 Arroyuelos helados
 Que el rubio sol los grillos os desata,
 Adorno de los prados,
 Risa de el monte, bulliciosa plata,
 Y de las aves lira
 Por cuyo aliento cada flor respira;
 Puras fuentes hermosas,
 Espejos claros de la blanca Aurora;
 Vida, sí, de las rosas,
 Gloria de el campo, espíritu de Flora,
 De la vista recreo,
 Satisfacción suave de el deseo;
 Jardines deleitosos
 Donde se cifran máquinas tan bellas,
 Amenos y espaciosos,
 Morada hermosa de quien son estrellas
 Las siempre refulgentes
 Hermanadas cabrillas más lucientes;
 Plantas, flores y fuentes,
 Invierno, abriles, mayos y arroyuelos,
 Arboles diferentes,
 Jardín ameno, estrellas de los cielos
 Y campos dilatados,
 Todos sois de el verano
 Y primavera galas excelentes,
 Librea de su mano,
 Que os da y reparte en tiempos diferentes
 En mil varias colores
 Con que suspende el alma en sus primores.

V

Todo lo pierde quien lo quiere todo.

Soneto.

Glosa.

Muestra Galicia que á Leonarda adora,
 Y con segura y cierta confianza
 Promete que en su fe no habrá mudanza,
 Que el ser mutable su firmeza ignora;
 Mas de su amor á la segunda aurora
 Muda su pensamiento y su esperanza,
 Y sin tener de el bien desconfianza,
 Publica que Elia sola le enamora.
 Con gran fineza, aunque si bien fingida,
 A Leonarda da el alma por despojos,
 Y luego con un falso y nuevo modo
 Dice que es Elia el dueño de su vida;
 Pues oiga un desengaño á sus antojos:
 Todo lo pierde quien lo quiere todo.

VI

Soneto.

¡Válgame Dios, qué penas he pasado,
 Qué desgracias, qué males he sufrido,
 Qué de inmensos pesares he tenido,
 Qué pocas glorias buenas he gozado;
 Qué riguroso que me ha sido el Hado,
 Siempre de azares por mi mal vestido,
 Y el tiempo alegre de mi edad florido,
 En verde primavera marchitado!
 Mas ¿para qué me canso en dar al viento
 Lágrimas y suspiros de mis ojos,
 Si el cielo gusta de que yo padezca?
 En gloria se convierta mi tormento,
 Que si paso contenta estos enojos,
 Espero que á mi llanto se enterezca.

VII

Octavas.

Coronada de flores mi pastora,
 Que en ella acrecentaban la hermosura,
 Cuando asomaba la rosada aurora,
 Más hermosa salió que su luz pura;
 Su color afrentando las de Flora,
 Y á la cándida nieve su blancura,
 Feriaba al prado aljófares y perlas
 Que el alba codiciaba recogerlas.
 Con un listón de nécar los cabellos,
 Que son del claro Febo emuladores,
 Los lleva presos, y enlazado en ellos
 Al novelero dios de los amores;
 Mata la vista de sus ojos bellos,
 Deslumbrando sus claros resplandores,
 Pues vuelve flechas las dos niñas bellas
 Para rendir y cautivar con ellas.
 El rostro hermoso cubre un blanco velo
 Argentado de plata trasparente,
 Siendo cortina á su divino cielo
 Y encubridor del resplandor luciente;
 Cintia mira sus hebras con recelo
 De que haga Delio en ellas nuevo oriente,
 Pues son del Potosí las minas de oro
 Donde natura guarda su tesoro.
 De las mejillas el carmín rosado,
 Al rojo tinte del murice afrenta,
 Pues á la diosa Venus han robado
 Todo el matiz con que la suya aumenta;
 La nieve y los claveles se han mezclado,

Y entre los labios, de color sangrienta,
Descubre hilos de perlas orientales,
Siendo de ellas la guarda dos corales.

Ambar aspira el aire de su aliento,
De quien hurta Favonio los olores,
Y discurrendo blando en movimiento,
Con él da nuevo ser á tantas flores;
De su divina voz el dulce acento,
Cual tierno rui señor, provoca amores,
Dejando atrás al músico de Tracia,
Pues vence su dulzura con su gracia.

Un baquerillo de color celosa,
Con un leonado faldellín, llevaba,
Y una banda en el cuello tan vistosa,
Que nuevo adorno á su hermosura daba;
En ella amor, con mano licenciosa,
Aquí y allí sus flechas arrojaba,
Porque ayudando sus divinos ojos,
Libres almas la rinde por despojos.

De aquesta suerte Clorinarda bella
Salió de su cabaña al verde prado,
Siendo del alba la luciente estrella
Que anuncia la mañana al sol dorado;
No imaginéis, pastores, merecella,
Que pues de su desdén fué despreciado,
Siendo ejemplo de firmes amadores,
Ninguno ha de gozar de sus favores.

VIII

Á unas ingeniosas liras que compuso
Juan Fernández de Ledesma, Regidor desta
villa, refiriendo el trágico suceso de San
Agustín.

Soneto.

Con tal dulzura ¡oh gran Ledesma! cantas
Trágicos tristes de la humana suerte,
Que, cual fénix, renuevas en la muerte
La que triunfó cruel de vidas tantas.

Al cisne más sonoro te adelantas;
Su memoria inmortal podrán deberte
Los que en el trance lastimoso y fuerte
A duro golpe dieron las gargantas.

Emplee Orfeo la sonora lira
Mejor en celebrar tu heroico nombre,
Y el rubio Cintio, de su verde rama
Ciña tus dignas sienes, y en la pira
Donde eternicen siglos tu renombre,
Viva gloriosa la parlera fama.

IX

¿De qué sirve querer un imposible?

Soneto.

Glosa.

Basta, amor, el rigor con que me has muerto,
Cese un poco, rapaz, tu ardiente fuego,
Pues ya del alma el señorío entrego
Por los ojos no más á dueño cierto;

Y aunque es el bien que adoro tan incierto,
Que no pasa de vista, á sentir llego
Tu fuerza de manera, que me anego
En mil mares de amar sin hallar puerto.

Riño unas veces á mis libres ojos,
Mas por respeto de lo que han mirado,
Detengo el castigarlos lo posible,

Y viendo que padezco estos enojos,
Digo entre mí á mi pecho enamorado:
¿De qué sirve querer un imposible?

X

Introduce una dama que se aficionó á un
galán que estaba prendado de otra, y dán-
dole á entender su amor, le correspondió
hasta que vino á saber que quería á otra, y
enojada le hace este soneto dando de mano
á su amor:

Puse los ojos, ¡ay! que no debiera,
En quien ya de las flechas de Cupido
Mostraba el tierno corazón herido,
Para que yo sin esperanza muera.

Huir fácil me fué de la primera
Ocasión que á tal daño me ha traído,
Con resistir mirar tan atrevido,
Mas fuí mujer, y al fin mujer ligera.

Grillos amor me puso á los sentidos,
Y la causa cruel de tantos daños,
Con sus regalos aumentó mis glorias,

Pero sabiendo ¡ay Dios! que eran fingidos,
He sepultado en caros desengaños
Mi firmeza, mi amor y sus memorias.

XI

Al Serenísimo Infante Cardenal D. Fer-
nando de Austria cuando dió la Capitanía
de caballos y hizo su Gentil-hombre de la
boca á mi hermano D. Antonio de la Cueva

y Silva, el día que entró en Milán con el guión.

Octavas.

Segundo Apolo de el mayor de el mundo,
Hijo de Marte, nieto de Felipe,
Fénix raro, divino y sin segundo,
Que no hay valor que al tuyo se anticipe,
Lauro te rinda tierra y mar profundo;
Y cuanto adora tronco el de Aganipe,
Divino padre y protector luciente,
Corona te ha de ser no suficiente.

Gallardo Atlante de el Iberio suelo,
En cuyos hombros penden las Españas,
Hermosa afrenta del señor de Delo,
Que en luz más clara todo el orbe bañas;
La fama escriba en el celeste velo,
Con pluma de diamantes, tus hazañas,
Y el sol y luna, alfombra de tus huellas,
Tus plantas besen en lugar de estrellas.

Goce insignes victorias de tu mano
Nuestro Rey, y pasando á tus mayores,
Más que el aurora aljófár da al verano,
Te dé la suerte triunfos superiores;
De el Príncipe de Roma soberano
La silla alcances, gracias y favores,
Y siempre dé tu nombre, en paz y en guerra,
Al cielo admiración, yugo á la tierra.

Pues premios dignos das á tus criados,
César piadoso y Rómulo valiente,
Como el Magno Alejandro adelantados,
Para hacerte inmortal de gente en gente;
Con tan grandes mercedes animados,
¿Quién no te ha de ofrecer su sangre ardiente,
Poniendo en tu servicio espada y vida,
Dichosa suerte si por ti perdida?

A nuevo empeño tal favor nos llama,
Joven dichoso, invicto Ferdinando,
Pues asido mi hermano de tal rama,
La desbocada envidia va pisando;
Mi indigna pluma tu grandeza aclama,
Con que humilde doy fin, tus pies besando;
Perdona mi atrevida rustiqueza,
Pues soy esclava de tu Real Alteza.

XII

Endechas.

Arroyos cristalinos
Que murmuráis soberbios

Sobre azules pizarras
Mi pena y mi tormento;
Altas desiertas cumbres
A quien esmalta Febo
Con los dorados rayos
De sus claros reflejos;
Veisme aquí sola y triste,
Que en busca de Liseno
Paso riscos de nieve
Y montañas de yelo:
Si viéredes acaso
Aquel mi ingrato dueño,
Contadle mis pesares,
Decidle cómo quedo;
Mas ¡ay! que sois peñascos
Y no escucháis mi acento,
Mas con mi llanto triste
Enterneceros puedo,
Y vive presa el alma
Entre el amor y celos;
Ausente de la causa
Padezco en dos extremos:
Sigo á quien me desprecia
Y á quien me estima dejo;
Adoro deslealtades,
Firmezas aborrezco,
Y entre el temor y pena,
Lo amargo de el recelo,
En dudas por el alma
Esparce su veneno;
Ingratitudes coge
Por penas y desvelos,
Que en campos agostados
Mis esperanzas siembro;
Mas cesen ya mis quejas,
Yo sólo poner quiero
En este verde sauce
Que es Floris de Liseno.

XIII

Á los celos.
Soneto.

Siempre guerra me dais, terribles celos;
Celos, nunca acabáis de atormentarnos;
Injustos celos, no queréis dejarnos,
Pues que siempre nos dais tantos desvelos.
Ladrones sois de el nombre de los cielos,
Que os disfrazáis así para matarnos,

Pues de vuestra ponzoña no hay librarnos,
Aunque más por huir alcemos vuelos.

Veneno sois, bastardos, mal nacidos,
De el alma pena y de la vida infierno,
Flecha de el corazón, de el pecho fuego

Donde se abrasan todos los sentidos,
Y al fin sois, celos, un tormento eterno,
Laberinto intrincado de amor ciego.

XIV

Romance sayagués.

Aunque tan rústico soy,
¡Pardiez, Birtolo, que quiero
En alabanza de Menga
Emplear todo el ingenio!
Va, pues, de copras; escucha,
Que empiezo por sus cabellos,
Que son, si mal no me engaño,
Los esplendores de Febo.
Poes ¿qué diré de la frente?
Es un campo hermoso y bello
Donde los plinetas riñen
Por ser cada cual su dueño.
¿Qué te diré de sos cejas?
Parecen arcos de el cielo,
Y á fe que diera el amor
Todo su caudal por ellos.
¡Oh, pues si alabo sos ojos,
¡Par Dios! que son dos luceros
Que en la noche más oscura
Me alumbro con sus reflejos!
Ya me bajo á la nariz;
No acertaré, te prometo,
Alabar so perfección
Con todo mi entendimiento.
So boca, amigo Birtolo,
Afrenta al coral más bello,
Y el color de sos mejillas,
Al color más purpureo.
Pues si sus dientes alabo,
Yo te juro por San Telmo,
Que oscurece so brancura
Al marfil más branco é terso.
De so garganta la nieve,
Con su hermosura me ha muerto;
¡Válgate Dios, y qué albura!
Parece un delgado velo,
No podré con mis palabras
Pintarte so engruido cuerpo,

Que ¡pardiobre! que es tan lindo,
Y por no saber, lo dejo.

Y aunque acá en nueso lugar
Yo so, amigo, el más discreto,
No es nada lo que te he dicho,

Según lo que decir puedo.
Que ninguna á Menga iguala,
Á sostentarlo me atrevo,

Porque es una noeva diosa
Que ha bajado de los cielos,
Y así, lo dicho me basta;

Quédate adiós, porque quiero
Ir á buscar en sus ojos
La luz por quien vida tengo.

XV

Introduce un galán, describiendo la her-
mosura de su dama.

Octavas.

Cuando asomaba en el dorado Oriente,
De flores bellas coronada el alba,
Á quien hacen con música excelente
Los libres pajarillos dulce salva,
Y cuando el rubio sol resplandeciente
Se manifiesta, sálase Lisalba
Á ser de su venida anunciadora,
Luz de el día y afrenta de el aurora.

De su cabello el oro acrisolado,
En crespas trenzas por el hombro tiende,
Que á sus lazos el ciego dios alado
Rindió el poder con que cautiva y prende;
Su laberinto en ellos ha cifrado,
Y en ellos sólo su poder se extiende,
Que el alma libre que una vez se enreda,
Presa y cautiva para siempre queda.

Quiero, en fin, retratar si brevemente
El dueño hermoso de quien soy despojos:
Es nieve pura el cielo de su frente,
Y dos estrellas sus divinos ojos;
Las negras cejas, aunque Amor se afrente,
Arcos de el cielo son, que sin enojos,
Como arrojan del fuego tantas flechas,
Al libre corazón se van derechas.

De sus mejillas la color hermosa,
Compitiendo entre sí desparte ufana
Bella nariz perfecta y milagrosa,
Pincel sólo de mano soberana;
De sus dos labios la encarnada rosa

Afrenta al tinte de la tiria grana,
Entre cuyos extremos diferentes
Se ven, cual perlas, sus hermosos dientes.

Una columna de alabastro puro
Sustenta aqueste cielo de belleza,
De cristal blanco transparente muro
Que en sí atesora la mayor riqueza;
Ni en el tiempo pasado ni futuro
Formó ni formará naturaleza
Rostro, talle, donaire, gala y brío
Como el que ha dado el cielo al dueño mío.

Salió, en fin, á un jardín de varias flores,
Que piensan que es la primavera bella,
Pues produce la tierra las mejores
Adonde su nevada planta huella;
Cántanla el parabién los ruseñores,
Vuelan las aves por llegar á vella,
Y en medio de su curso el sol dorado,
Por ver el más luciente está parado.

Al pie sentóse de una fuente fría,
Que creyendo ser Doris bulliciosa,
Por dar claras señales de alegría,
Con manso ruido corre presurosa;
Congelábase el agua que salía,
Por detenerse más á ver su diosa;
Volverse atrás quisiera la primera,
Y pasar adelante la postrera.

Yo, que detrás de un mirto contemplaba,
Libre y ufano de el rigor del ciego,
La beldad soberana que miraba,
Me sentí herido de su dulce fuego;
Gastó el rapaz las flechas de su aljaba
Hasta abrasarme el corazón, y luego,
Mi alma por esclava de sus ojos,
El ciego dios la presentó en despojos.

Esta, en fin, es en suma mi ventura,
Este el retrato de mi dueño hermoso,
Esta la causa, sí, de mi locura,
Por quien me nombro amante venturoso;
Este el triunfo de amor y su hermosura,
Este el bello portento milagroso,
Y esta de Felisalba la victoria,
Por quien subo, venciendo, á mayor gloria.

XVI

Á los tiempos del año.

Liras.

Arroja escarcha helada
El anciano Noviembre,

Y el caduco Diciembre
Muestra su faz nevada,
Tirando por los chopos
El agua congelada en blancos copos.
Viste el prado de nieve,
Que lo estuvo de flores,
Y entre tales rigores,
Los carámbanos bebe,
En vez de aguas gustosas
Con que la fuente sustentó sus rosas.
Los árboles desnuda,
Que el Mayo vistió ufano,
Y con su airada mano
Todo lo trueca y muda
Y todo lo despoja,
A la tierra de flor, y al árbol de hoja.
El viejo Jano sigue
Hecho estatua de yelo,
Y arrojando de el cielo
Montes de agua, persigue
Con sus lluvias la tierra,
Siempre acosada de su eterna guerra.
Entra Februo tras Jano,
Y menos riguroso,
Aunque si bien nubloso,
Nos anuncia el verano,
Dando el Marzo embajada
Que presto acabará su furia helada.
Pasa, en fin, su carrera,
Y en el Abril vistoso,
Con paso presuroso
Hace la primavera,
De lo verde su ensayo,
Para mostrarse más bizarra en Mayo.
Con olorosas flores
A la vista deleita,
Y su hermosura afeitada
De mil varias colores,
Con que el alma enamora
En los jardines que compone Flora.
Festéjanla las aves
Cuando despierta el alba,
Haciendo dulce salva
Con canciones suaves,
Y el ruseñor parlero
Es quien la canta el parabién primero.
Todo alegre y vistoso
Se manifiesta ufano,
Y en brazos de el verano,
Se pinta victorioso;

Mas cuanto él resucita
Seca el Agosto y con su ardor marchita.

XVII

Glosa.
(Letra ajena.)

¡Ah! larga esperanza vana,
Cuantos días ha que voy
Engañando el día de hoy,
Esperando el de mañana.
Pásase el tiempo ligero,
No por mi amor, por mis años,
Que éste está como primero,
Y sin darme desengaños;
Esperando desespero
En mi desdicha inhumana
Adorando un imposible;
Deidad más que soberana,
¡Pensar que ha de ser posible!
¡Ah, larga esperanza vana!
Quiero con tal perfección,
Que aunque pierdo en ello el gusto
Y se abrasa el corazón,
Contra amor y á mi disgusto,
Me sujeto á la razón;
A mi pena treguas doy,
Sirviéndome de consuelo
En el encanto en que estoy,
Que tome en cuenta tu cielo
Cuantos días ha que voy.
Sólo mirando tus ojos,
Norte de mi pensamiento,
Se deshacen mis enojos,
Y se acaba mi tormento
En viendo sus rayos rojos;
Y cuando no, en calma estoy
En un mar de mil amores,
Donde firme roca soy,
Y vivo con tus favores
Engañando el día de hoy.
Susténtame la esperanza
Con verdes de tu hermosura,
Aunque mi desconfianza
Me dice que es mal segura
De mujer la confianza;
Mas todo mi mal se allana,
Que si falta mi alegría
Porque hoy no hablé á mi Diana,

Llevo en paciencia este día
Esperando el de mañana.

XVIII

Romance.

Hermosísima pastora,
Afrenta de Venus bella,
Emulación de Diana
Y reina de la belleza;
Primavera de estos prados,
Gloria de esta verde selva,
Aurora de la mañana,
Claro sol, luciente estrella:
¿Qué dicha puede igualarse,
Cuando la más alta sea,
A la que yo tengo en ser
Esclavo de tu belleza?
¿Qué venturosa ventura
Se puede oponer á aquella
Que goza el alma en mirarte
Menos esquiva y más tierna?
Si al campo sales, las aves
Con dulce canto celebran
El verte dar luz al día,
Y que eres el alba piensan;
Si junto á una fuente clara
Al manso ruido te sientas,
Te festejan con canciones,
Como á Doris las sirenas.
De día pareces Cintio,
De noche la blanca Delia,
Por la mañana el aurora,
Y cuando anochece, estrella.
Pues si toda la hermosura
En tí se cifra y encierra,
¿Qué mucho que quien te adora,
Por el más feliz se tenga?
No presumo, que es locura
Presumir, que te merezca
Ningún pastor de este valle,
Por más gallardo que sea.
Y yo, aunque te adoro y amo
Con milagrosa firmeza,
No pretendo, Celidaura,
Sino sólo que me quieras;
Que estimes mi amor, te pido,
Y que agradecida seas
A tanta fe, que con eso
Vivirá el alma contenta.

XIX

Introduce un galán desfavorecido de su dama, quejándose de su crueldad.

Soneto.

Basta el desdén y bastan los rigores:
Clori, no más crueldad, no más enojos,
Serena un poco tus divinos ojos
Y suspende sus rayos matadores.

Cesen desprecios, cesen disfavores,
Que por flores no es bien que des abrojos
A quien te rinde un alma por despojos,
No indigna de gozar de tus favores.

¡Ah, ingrata Clori! ¡Ah, ingrata, que á mis
Tienes el alma y pecho de diamante! [quejas
Y parece que vives con mi muerte.

Mas, cruel Clori, aunque penar me dejas,
Y aunque me matas, he de estar constante,
Con tu desdén luchando hasta vencerte.

XX

Liras en la muerte de mi querido padre y señor.

Dejad, cansados ojos,
El justo llanto que os convierte en fuentes,
Detén ya los enojos
Y enjugad vuestras líquidas corrientes,
Que al mal que oprime el pecho,
El alma y corazón le viene estrecho.

En tan terrible pena,
Ni hallo descanso, gusto ni alegría;
De todo estoy ajena,
Y sólo tengo la desdicha mía
Por alivio y consuelo,
Que de todo lo más me priva el cielo.

Quitóme en breves días,
Airado y riguroso, un bien amado,
A las fortunas mías
Añadiendo este golpe desdichado:
¡Oh suerte fiera y dura!

¡Llorad, ojos, llorad mi desventura!
Contenta el alma estaba
En sus trabajos, penas y dolores,
Con el bien que gozaba;
Mas la Parca cruel, con mil rigores,
Fiera y embravecida,
Cortó el hilo al estambre de su vida.

Musa, detente un poco,

Que si de tantos males hago suma
Y en el presente toco,
No es suficiente mi grosera pluma,
Que pues estoy penando,
Cuanto puedo decir, digo callando.

XXI

Soneto á Floris.

Ausente estoy de tus divinos ojos;
En fin, ausente y lleno de desvelos:
Si al ausencia cruel siguen los celos,
Confieso, Floris, que me dan enojos.
¡Ay! ¡Quién gozara de tus rayos rojos
Sin tantos sobresaltos ni desvelos,
Pues mientras duran los nublosos velos
He de tener la rienda á mis antojos!
¿Cuándo se ha de acabar, Floris divina,
La rigurosa pena de no verte
Y el cobarde temor de tu mudanza?
Que aunque eres en firmeza peregrina,
Vive mi amor dudoso de perderte,
Aunque más le sustenta la esperanza.

XXII

Sextinas.

De las suaves flechas de tus ojos
Procura el alma en vano defenderse,
Jacinta hermosa, dueña de mi vida,
En quien consiste de mi bien la gloria
Y de mi suerte la mayor ventura,
Pues que darla ó quitarla está en tu mano.

Mas ¿quién merece de tu hermosa mano
Ver un bien tan divino por sus ojos
Y ser el dueño de tan gran ventura,
Pues de morir no puede defenderse?
Y menos yo, que entre tormento y gloria
Vivo dudoso de perder la vida.

Mas si muero por ti, ¿qué mejor vida
Que ser dichoso mártir de tu mano?
Toda mi pena se volviera gloria
Con ver, muriendo, tus serenos ojos,
Pues ninguno quisiera defenderse
De penar, por gozar de tal ventura.

Felice yo, si llega mi ventura
A dejar por tu gusto aquesta vida;
Pues no puede, Jacinta, defenderse
De el riguroso imperio de tu mano
Ni de los bellos rayos de tus ojos,
Que de los suyos son la mayor gloria.

Hágame digno amor de tanta gloria.
Y participe de tan gran ventura
Como es ver las estrellas de unos ojos
De quien apenas puede defenderse
El niño Amor, gigante, y de tu mano,
Oscuro laberinto de la vida,

Donde en lazos de nieve está mi vida
Presa, cual ave en red, aunque de gloria,
Que lo es, sin duda, ¡oh soberana mano!
Estar cautivo yo por tal ventura,
Sin intentar mi alma defenderse
De los arpones de tus bellos ojos.

XXIII.

Al sepulcro de el Sr. Don Francisco de
la Cueva y Silva, mi tío.

Soneto.

Éste que ves que cubre blanca losa,
Aunque la dura tierra le consuma,
Fué en el saber otro segundo Numa,
Y otro Catón en ciencia milagrosa.

De su ingenio, la fama numerosa
Triunfos publica, y de su rara pluma,
Mil grandezas aclama en breve suma,
Con que hace su memoria más gloriosa.

Callen los siete sabios de la Grecia
Y humille Atenas su laurel sagrado,
Pues éste de Minerva el triunfo lleva.

¿A quién con más razón el mundo precia:
Que de uno á otro polo es ya llamado
El grande Silva y el insigne Cueva.

Además de estas poesías contiene el manuscrito las siguientes:

Á un descortés.

Décima.

Que le digo á gentil hombre.....

Glosa.

¡Jesús, qué divinos ojos!.....

Quintillas.

Vida, ¿para qué eres buena?.....

Soneto.

En un jardín, donde la diosa Flora.....

Romance.

Por los desdenes de Belis.....

Á una fuente.

Décima.

Fuente cristalina y pura.....

Silva.

¿Qué me quieres?, ¡oh vago pensamiento!.....

Glosa.

¿Para qué son los rigores?.....

Romance en desagravio de las damas.

A salir en su defensa.....

Décima.

Quien en dos días de amor.....

Romance.

Pensábase, amor, mi madre.....

Soneto.

Salió á espaciarse una mañana Isbella.....

Décimas.

Señora, después que os vi.....

Décimas á petición de un galán ausente.

Suelen decir que en amor.....

Soneto.

No sé si muero ni si tengo vida.....

Á un galán que estaba enamorado de una
muchacha sarnosa y muy desaliñada.

Romance.

De Andronio, el sarnoso gusto.....

Al propósito de su autora.

Sextinas al amor.

Ciego rapaz Amor, suspende el arco.....

Rodope, mujer deshonesto y la más hermosa
de su tiempo, por el suceso que aquí
refiero, vino á reinar en Egipto.

Décimas.

Mientras que tus pies nevados.....

Romance.

No te quiero ya, Gerardo.....

En alabanza de una viuda.

Glosa.

Va de versos, va de glosa.....

Décima á la muerte de D.^a María de Ribera.

Amenísima ribera.....

Á la muerte de D.^a Isabel de Aguilar.

Décima.

Quien llora á Belisa muerta.....

Redondillas.

Tres desdichas me persiguen.....

Octavas.

Cual sale el alba aljófares feriendo.....

Introduce una dama que, aficionada á un galán, se lo dió á entender, y no la correspondiendo por estar prendado de otra, le hace este soneto despidiéndose de sus memorias.

Alcindo, ya murió en tu desengaño.....

Glosa.

Quien adora en vuestros ojos.....

Una dama mal correspondida de un galán, vuelto su amor en aborrecimiento, propone olvidarle.

Soneto.

Subiránse las flores hasta el cielo.....

Á D. Juan Francisco de Peralta y Velasco, habiendo salido aventajado en unas fiestas de toros y cañas en Valladolid.

Soneto.

Teja, joven gallardo, el sol luciente.....

Al mismo.

Décima.

Hasta la esfera más alta.....

Á D. Antonio de la Cueva y Silva, mi hermano, estando muy favorecido de Su Alteza cuando partió á Flandes.

Soneto.

Goza felices años y dichosos.....

Glosa á los versos que comienzan:

Vivo sin vivir en mí.....

Desea el alma gozar.....

CUEVA Y SILVA (D.^a MAGDALENA DE LA).

Distinta de la anterior, é hija de D. Francisco de la Cueva y Silva.

790.—De Doña Madalena de la Cueva y Silva.

Á Don Francisco de la Cueva, su padre.
Soneto.

Quando Filipo Quarto reyna y vive.....

Informacion en Derecho divino y Humano, hecha por don Francisco de la Cueva y Silva, en favor de la Perissima Concepcion de nuestra Señ. a.—En Madrid, por Juan Gonçalez. Año MDCXXV.

CUEVAS (D.^a ANTONIA DE LAS).

791.—Soneto.

Canten yerros de amantes fabulosos.....

Historia virginal, por el insigne poeta Baptista Mantuano, de la Orden de N. Señora del Carmen. Traduzida de verso heroico Latino en Romance, por Iuan Fernandez de Ledesma.—En Valladolid, Por Iuan Baptista Varesio. Año 1627.

CUNHA TORRES JOVEA

(MARÍA JOSEFA DA).

Religiosa que fué en el convento de Nuestra Señora de la Concepción de Beja.

792.—Commentario sobre os adagios portuguezes ou logares communs que compilou o licenciado Antonio Delicado.—Lisboa Occidental. Offic. de Theotonio Antunes Lima. 1736.

14 páginas en 4.^o